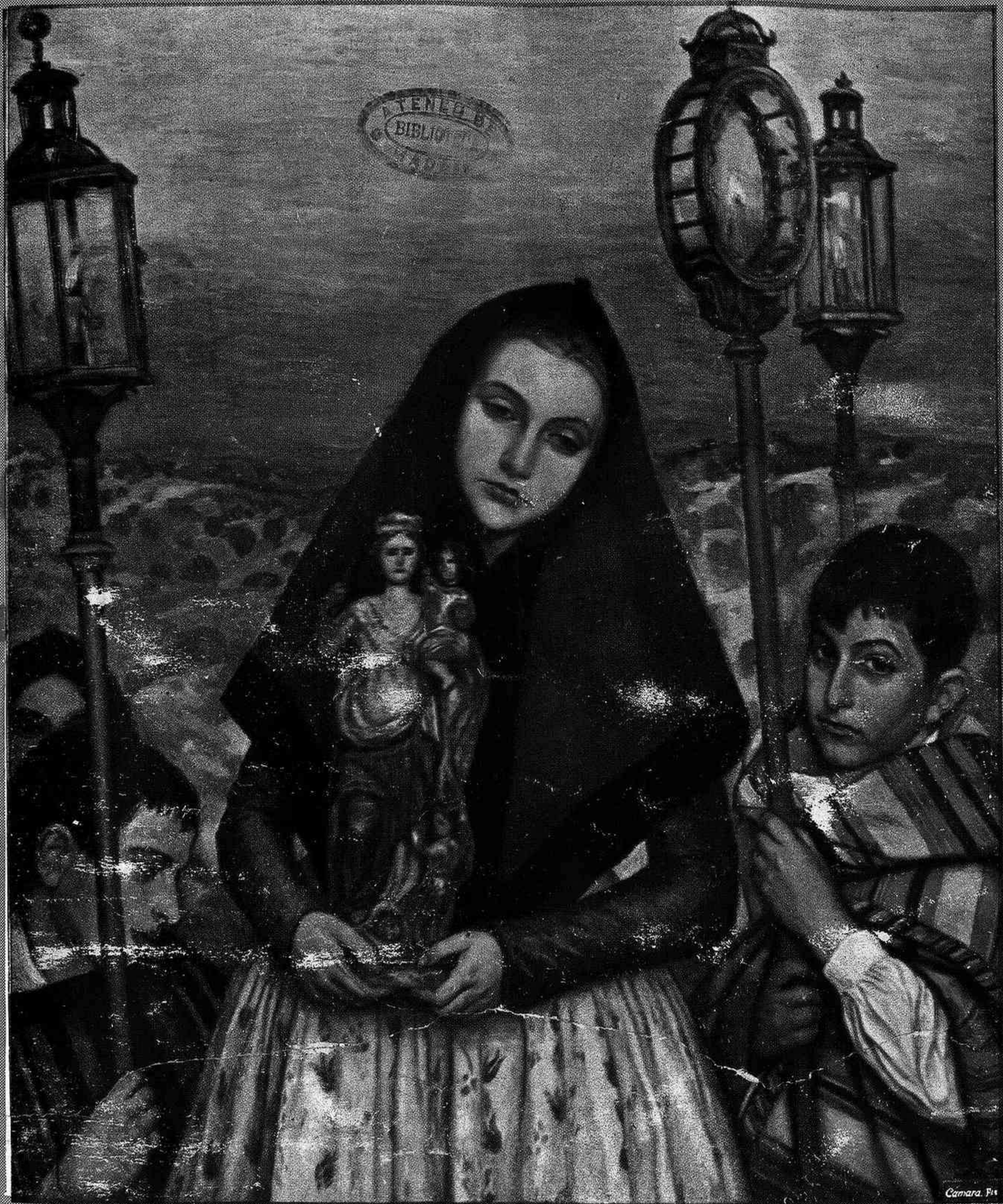


# La Esfera

Año XII

Núm. 585



«La santera», cuadro de José Pinazo, que figura en la Exposición de sus obras en el Museo de Arte Moderno

Precio: Una peseta





# LA NOVELA SEMANAL

SÓLO CUESTA TREINTA CÉNTIMOS

PERO VALE TANTO COMO UN LIBRO DE CINCO PESETAS, PORQUE SIEMPRE DA EN SUS PAGINAS UNA NOVELA INEDITA DE LOS PRIMEROS AUTORES CONTEMPORANEOS O UNA EDICION ESMERADISIMA DE LAS MEJORES NARRACIONES BREVES :: DE LOS MAESTROS DEL SIGLO XIX ::

ESTA SEMANA PUBLICA UNA NOVELA DE

## CARMEN DE BURGOS (Colombine)

TITULADA

# La Melena de la Discordia

# ALFONSO FOTÓGRAFO

Fuencarral, 6 MADRID

## INGENIERIA Y CONSTRUCCION

REVISTA MENSUAL IBEROAMERICANA

Viene a ocupar un puesto que habia vacante entre las revistas técnicas. no viene a competir con ellas. Su orientación es diferente a todas las demás y su presentación única. Se ocupará principalmente de

- Ingeniería civil,
- Minas y metalurgia,
- Electricidad y mecánica,
- Agricultura y montes.

Su objeto es ser el elemento auxiliar del técnico y del industrial, y su modesto precio de suscripción (30 pesetas año) está al alcance de todo el mundo.

APARTADO DE CORREOS 4.003

LARRA, 6 MADRID

Tos, Catarros, Bronquitis. Curación pronta y segura con **BENZODINA** Poderoso antiséptico de las vías respiratorias

Colgate remueve la causa de las caries



### Asea la dentadura en forma correcta

La crema dentífrica Colgate no raya los dientes al asearlos. Los limpia cuidadosa y completamente.

Sin destruirles su esmalte, desaloja toda partícula de alimentos que permanezca en la dentadura y encías. Colgate mantiene la boca fresca y limpia.



Limosa los dientes sin dañarlos

LEA USTED TODOS LOS VIERNES

# NUEVO MUNDO

# ELIXIR ESTOMACAL SAIZ DE CARLOS

(STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

## ESTÓMAGO e INTESTINOS

**DOLOR DE ESTÓMAGO**  
**DISPEPSIA**  
**ACEDIAS Y VÓMITOS**  
**INAPETENCIA**  
**FLATULENCIAS**

**DIARREAS EN NIÑOS**  
 y Adultos que, a veces, alternan con  
**ESTREÑIMIENTO**  
**DILATACIÓN Y ÚLCERA**  
 del Estómago  
**DISENTERIA**

ACTÚA COMO ANTISÉPTICO DEL APARATO DIGESTIVO curando las diarreas de los niños incluso en la época del destete y dentición. Es inofensivo y de gusto agradable. Ensáyese una botella y se notará pronto que el niño come más, digiere mejor y se nutre, curándose de seguir con su uso.

23 AÑOS DE ÉXITOS CONSTANTES 5 pesetas botella, con medicación para unos ocho días

Venta: Serrano, 30, Farmacia, MADRID y principales del mundo

## TINTAS LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS

DE *Pedro Closas*

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 66 al 70  
Despacho: Unión, 21  
BARCELONA

## MAQUINARIA DE UNA FÁBRICA DE HARINAS

CON MOLTURACIÓN DE 15.000 KILOS

### SE VENDE

Dirigirse á D. José Briales Ron  
San Antonio. - Camino de Churrizana. - MÁLAGA



# AVISO

## LA AGENCIA "PUBLICITAS"

Administradora exclusiva de la publicidad en las acreditadas revistas

**Mundo Gráfico**

**Nuevo Mundo**

**La Esfera**

**Elegancias**

**Aire Libre**

**La Novela Semanal**

que publica PRENSA GRAFICA, tiene el honor de poner en conocimiento de su distinguida clientela que todos sus agentes autorizados para trabajar publicidad en su nombre van provistos de un carnet de identidad firmado y sellado por la Dirección de "PUBLICITAS". Por consiguiente, rogamos á todos nuestros favorecedores exijan dicho carnet de identidad á todas aquellas personas que se les presenten en nuestro nombre.

MADRID  
GRAN VIA, 13  
Apartado 911.-Teléfono 61-46 M.

### "PUBLICITAS"

BARCELONA  
RONDA SAN PEDRO, 11, pral.  
Apartado 228.-Teléfono 14-70 A.

Agua  Radium ◇◇ TINTURA ◇◇  
para cabello y barba

CORTES H. NOS  
BARCELONA

La más práctica, higiénica, rápida y permanente

Basta una aplicación cada tres meses

## CONSERVAS TREVIJANO LOGROÑO

Lea usted la hermosa Revista  
de Modas

### ELEGANCIAS

TRES pesetas ejemplar en toda España

A LOS COLECCIONISTAS  
de

## La Esfera

En el presente número  
publicamos el

### ÍNDICE

correspondiente á los  
trabajos publicados  
durante el año 1924

SE ADMITEN SUBSCRIPCIONES A NUESTRAS REVISTAS  
EN LA

**LIBRERIA DE SAN MARTÍN**

PUERTA DEL SOL, 6

Lea usted todos los martes

## AIRE LIBRE

50 céntimos el ejemplar

## ESCUELA BERLITZ Arenal, 24

ACADEMIA DE LENGUAS VIVAS

Todos los meses empiezan clases de inglés, francés, alemán é italiano

CLASES GENERALES É INDIVIDUALES :-: TRADUCCIONES

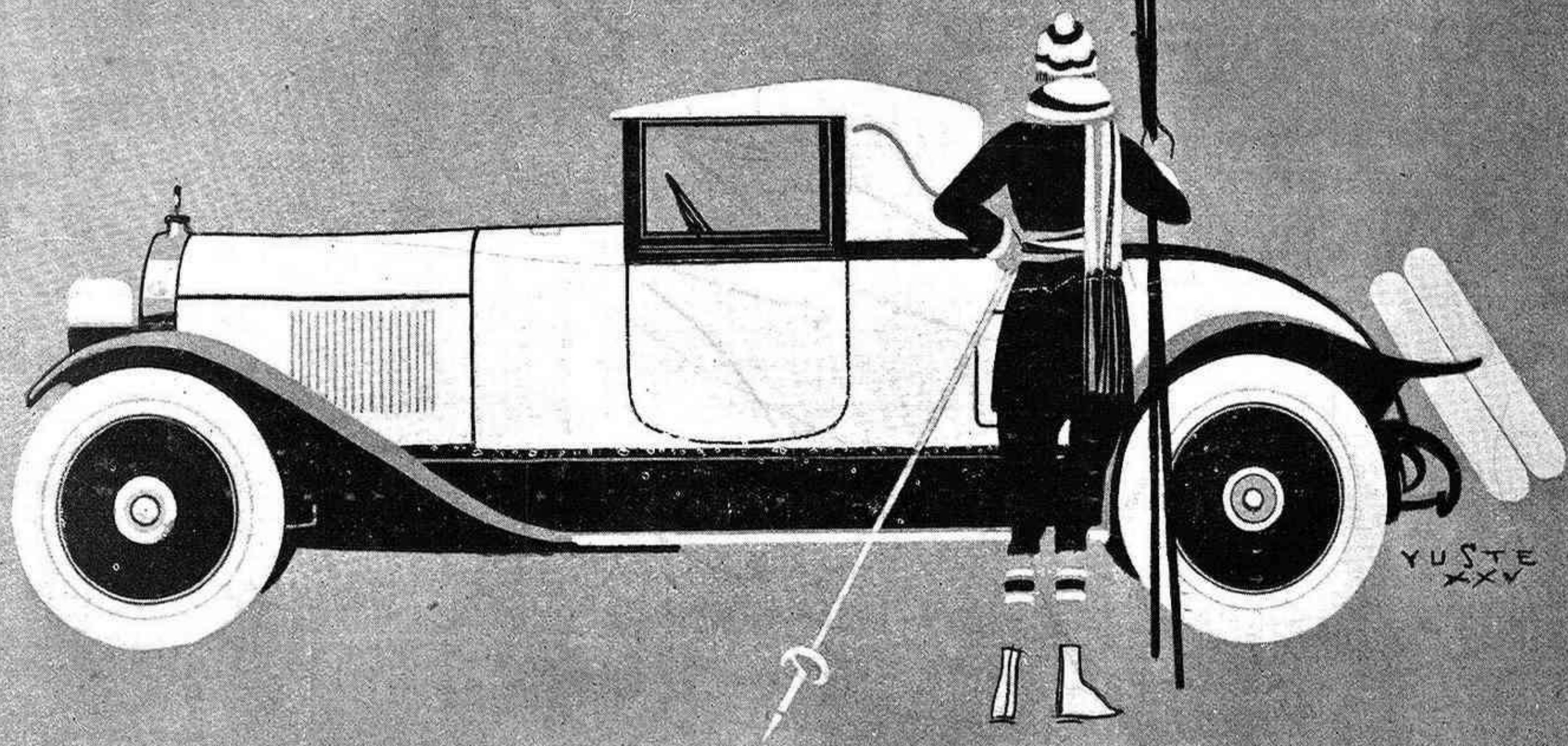
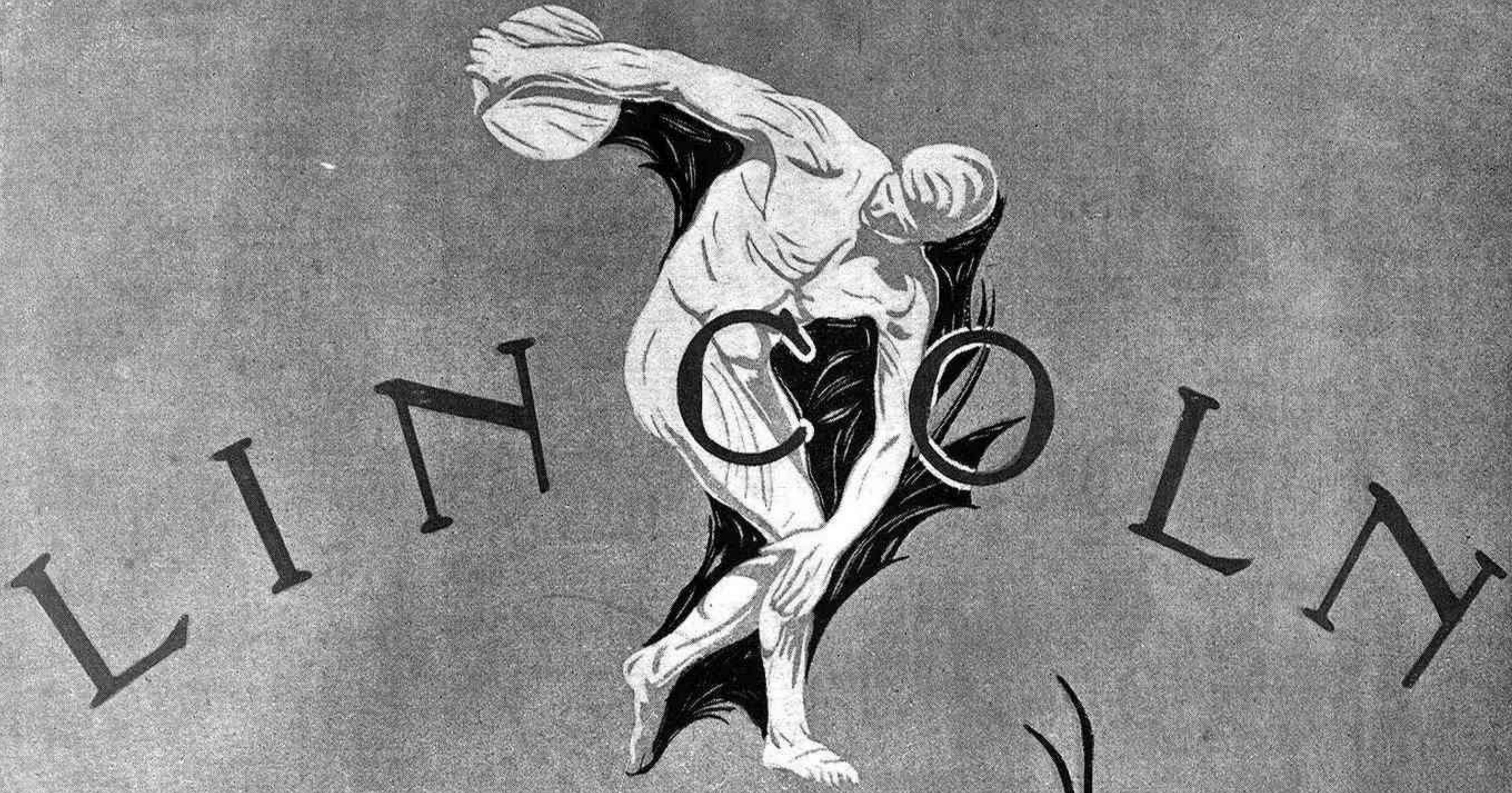
SE VENDEN los clichés usa-  
dos en esta Re-  
vista :-: Dirigirse á esta  
Admón. Hermosilla, 57.

### SEDLITZ CH. CHANTEAUD

de PARIS

a base de Sulfato de Magnesia anhydro puro, Acido Tátrico,  
Bicarbonato de Sosa. — El mejor Purgante, Laxante,  
Depurativo contra: ESTREÑIMIENTO, JAQUECA,  
ESTADOBILIOSO, CONGESTIONES, VICIOS DE LA SANGRE  
URIACH C. 49, Bruch. BARCELONA





YUSTE  
XXV

EL ROADSTER LINCOLN  
ES EL COCHE EXCLUSIVO  
DEL "SPORTSMAN" ELEGANTE





# La Esfera

## ILUSTRACIÓN MUNDIAL

DIRECTOR: FRANCISCO VERDUGO



Se ha celebrado recientemente en el Palacio de Bibliotecas y Museos el solemne acto de descubrir la lápida en honor del sabio colombiano Dr. Caldas, con asistencia de S. M. el Rey, el presidente interino del Directorio, el subsecretario de Instrucción Pública, el Nuncio de Su Santidad y otras ilustres personalidades. Doña Blanca de los Ríos leyó unas admirables cuartillas y el ministro de Colombia, Sr. Camacho Carrizosa, dió las gracias por aquel bello acto en que se honraba á su país. FOT. DÍAZ CASARIEGO





# LIBROS DE PERIODISTAS

LA publicación del libro *Artículos de Julio Burell* da actualidad al tema del periodismo considerado como literatura. Para salvar del olvido la fama de ilustres periodistas se proyecta una serie de volúmenes: Vicenti, Troyano, Figueroa... Tema tentador, cuya sola dificultad está en que probablemente no podremos tratarlo en frío, sino poniendo en él demasiada pasión. El periódico nos ha llevado tantos años de vida que no podemos volver los ojos á él sin un tumulto de sentimientos que oscilan entre la gratitud y el rencor. Quisiéramos reducirlos de manera que nos consintiese dejar aparte muchos recuerdos y huir de las *Memorias* y de la *Autobiografía*, géneros muy expuestos á hacernos caer en la puerilidad y á aburrir al lector.

En los periódicos ha habido siempre el artículo del articulista y el artículo del colaborador. Por antonomasia, *el artículo* ha sido el artículo de fondo; el que no lleva firma. A estos trabajos periodísticos es á los que se refiere hoy el comentario de los compañeros que quisieran guardar de algún modo el eco del esfuerzo realizado por los maestros del periodismo. Por eso se habla de Alfredo Vicenti, de los dos Figueroa, de D. Manuel Troyano, de Ortega Munilla, escritores que fueron singularmente periodistas, aunque sus condiciones y dotes literarias les hicieran capaces de otras empresas.

Periodistas—en este sentido—fueron, en efecto, ellos. Dieron á su periódico todo el ímpetu, todo el talento y toda su experiencia, con objeto no de realizar obra literaria, sino de ejercer una acción social ó política. Llegaron á labrar y pulir el arma hasta convertirla en una joya. ¿Trabajo inútil? Quizá. Pero así lo hicieron, y gracias á ello y á su arte pudo redimirse muchas veces el espíritu de sus campañas. Hemos visto trabajar á Augusto Suárez de Figueroa—maestro de verdad—. Era como si oficiara. Como si se recluyera en su celda para una gran labor purificadora, de la cual habría de salir un dragón ó un ejército. Los párrafos de Augusto, sólidamente encuadrados, chocaban entre sí con estrépito marcial; pero cuando se les comparaba con la prosa de Solís ó de Melo se olvidaba la pasión y la intención aguda. Hemos visto la gran maravilla del nacimiento de un artículo de Julio Burell. Entre la sal marina, como Venus; sin sangre, sin esfuerzo, alegre y comunicativo, amado de los dioses. Aquellos artículos, que iban á las cajas



JULIO BURELL

cuartilla por cuartilla, fresca la tinta aún y que hacían trabajar á los compañeros más que á su propio autor, son algunos de los que figuran en ese volumen. Pero, pocos. Hablamos ahora del artículo no firmado; del trabajo diario, de la improvisación y, en general, de la obra política hecha para un día. ¿Y la fiebre invasora de Ortega Munilla, que entraba como una tromba en los temas del día, convirtiéndolos en materia artística, novelesca, y dándoles irisaciones, matices y resplandores de que ellos, en sí mismos, ¡pobres temas vulgares!, carecían? Hemos visto á D. Manuel Troyano, todo cautela, represión y fuerza contenida. Y uno de los grandes articulistas de hoy—se puede ser gran articulista de artículos pequeños—, José Cuartero, sabe cómo trabajaba el más joven de los Figueroa:

Adolfo, hombre de lucha, de batallas rápidas, más escritor que su hermano, pero de menos peso. Todos ellos podrían dar su libro.

Pero ¿cómo hacerlo? El artículo de periódico es, ante todo, acción. Obedece á un fin; sirve unas intenciones. Guardar en volúmenes únicamente los artículos equivale á imprimir solamente los discursos parlamentarios de un político. Ha de acompañarles la historia ó, por lo menos, la biografía. Y esto requiere trabajos de exposición, verdaderos ensayos con los cuales poco á poco iríamos narrando la marcha ideal de nuestra época.

Burell estimaba su obra periodística, guardando en el fondo del alma la creencia de que su destino era más alto. Tenía formación literaria, aunque espontánea y atropellada; el verbo castelano, al amparo de la sombra benéfica de Chateaubriand, se había humanizado por vivir en una época nada propicia á la grandilocuencia. Pero su temperamento era de hombre de acción, y precisamente de acción política. Concebía la política como una guerra. Veía y respiraba la belleza de este combate de la palabra, en que caben estratagemas, graciosas astucias, golpes rudos y también gestos nobles, propios de la guerra de encajes. Por lo tanto, el verdadero artículo, para él, era el artículo periodístico, escrito para tomar posiciones, defenderse y, más que todo, para acometer. Lo otro le interesaba menos, aunque se satisficiera su vocación literaria y sirviera de base á su personalidad.

Y hemos llegado á la palabra-clave. Ella separa al grupo de los grandes periodistas—entre los cuales deben figurar otros que no están aquí—de los articulistas actuales. El artículo se fabrica todavía; pero domina la colaboración. Pocos escritores sacrifican su personalidad. Por razones que son del caso, pero no diré hoy, el colaborador piensa en sí mismo más que en el periódico, y el periódico no es el colaborador. Crónicas, ensayos, artículos de crítica, pueden ser reunidos bajo una firma, formando un cuerpo más sólido que el de los libros puramente periodísticos. El escritor se ha libertado, ha separado su personalidad.

A cambio de esto, ¿sabemos bien lo que hemos perdido? Por lo menos, muchos nos hemos dado cuenta. Tenemos la personalidad, pero no tenemos el periódico.

LUIS BELLO

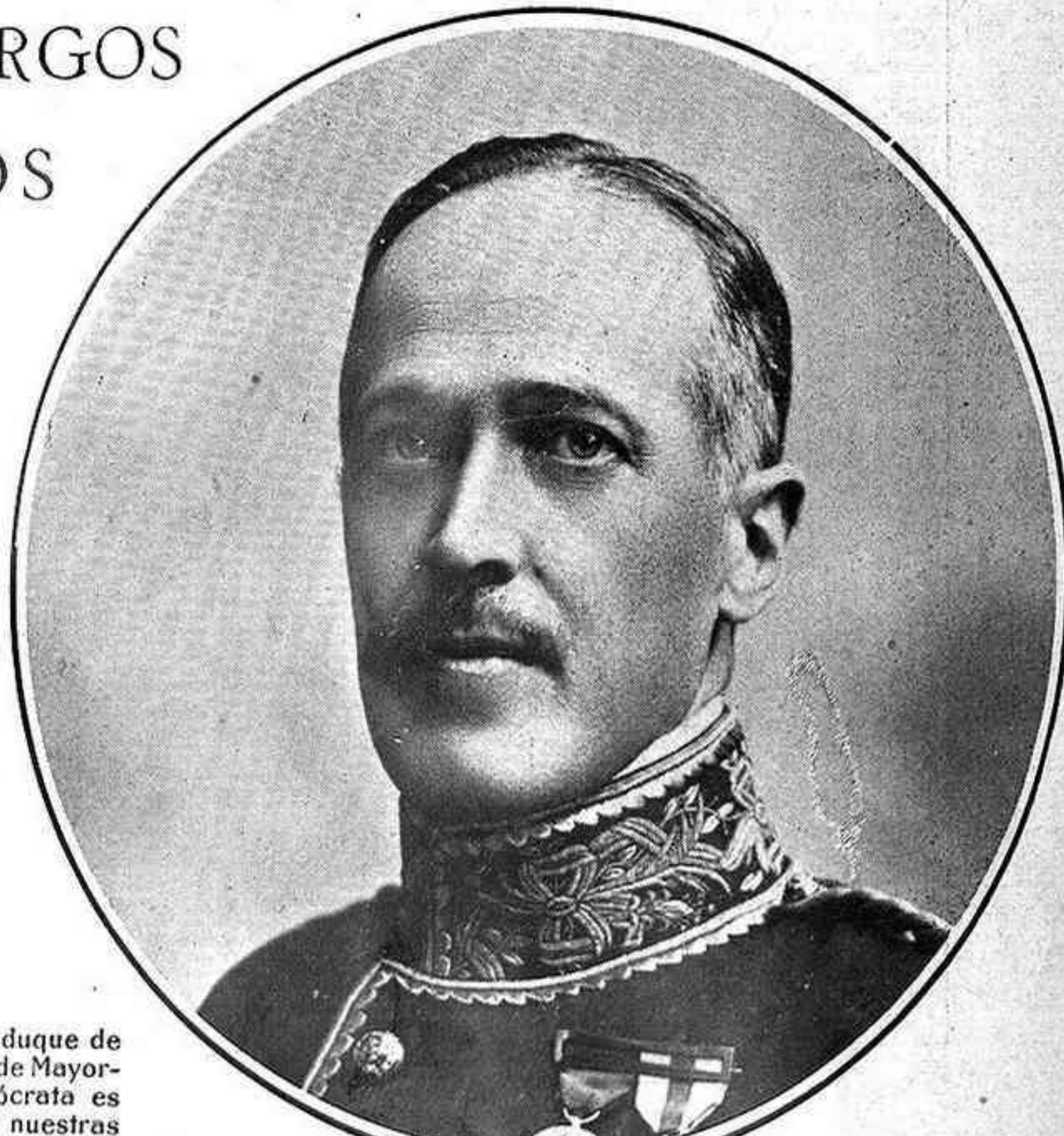
## LOS ALTOS CARGOS PALATINOS



EL MARQUÉS DE VIANA

La reciente muerte del marqués de la Torrecilla, que era jefe superior de Palacio, ha dado lugar á una combinación de altos cargos palatinos. Ha sido nombrado Sumiller de Corps el excelentísimo señor marqués de Viana, que desde hace muchos años desempeña con admirable acierto los cargos de Caballerizo y Montero Mayor de S. M., en los cuales también continúa.

Otro leal servidor de la Monarquía, el duque de Miranda, ha sido honrado con el cargo de Mayordomo Mayor del Rey. El ilustre aristócrata es grande y merecidamente estimado en nuestras esferas. Pertenece á la insigne Casa de Santa Cruz, y por su madre, la Camarera Mayor de la Reina, á la de los duques de San Carlos.



EL DUQUE DE MIRANDA



## APELES MESTRES Y LOS "ILUSTRADORES" ESPAÑOLES

BARCELONA acaba de tributar cariñoso homenaje á un poeta y artista que, á pesar de haber producido la mayor parte de su obra en la segunda mitad del siglo XIX, todavía sigue hoy dibujando y escribiendo. Apeles Mestres es popular en toda España. Sus versos catalanes no pueden llegar á todos los rincones, pero han llegado millares de volúmenes ilustrados por él. Sirvan estas líneas de adhesión á los testimonios de afecto que recibe el dibujante catalán.

Para mí, y seguramente para casi todos los españoles «amigos del libro», que andan hoy alrededor de los cincuenta años, Apeles Mestres es uno de los más gratos y simpáticos recuerdos de la infancia. Es el ilustrador de los *Episodios Nacionales*, de Galdós, en la primera y segunda serie, de las novelas españolas: *Rincónete y Cortadillo*, *El Lazarillo de Tormes*, de Ione, *el último día de Pompeya* y de innumerables libros de aquella *Biblioteca Verdeguer* y aquella *Colección Arte y Letras*, que con el *Rivadeneyra* y la minúscula *Colección Universal* constituyó el fondo de nuestras primeras lecturas. Luego pudimos ensanchar el círculo y alzar el vuelo á otras literaturas en lengua extranjera y á otros ámbitos menos frecuentados; pero no debemos olvidar el punto de partida. Sería ingratitud y falta de respeto á las propias memorias. Durante veinte años todas esas ediciones ilustradas, que hicieron labor muy útil para la divulgación de autores nacionales y extranjeros, venían á nuestras manos con dibujos, en su mayoría de dibujantes barceloneses, y entre ellos, muy en primer término para nuestra simpatía, el armónico, claro y transparente Apeles Mestres.

Como aquí quedan tantas cosas por hacer, aún no se ha hecho el ensayo—literario, más bien que crítico—de los «ilustradores» españoles. Más de una vez me lo he prometido á mí mismo como un recreo, como una golosina, que daría variedad y encanto al trabajo diario. Pero es preciso reunir materiales y revisar ediciones escondidas hoy, para que



APELES MESTRES  
Ilustre dibujante y poeta

el ensayo esté formado de otra cosa que de recuerdos. Los recuerdos, cuando se refieren á libros manejados en la infancia y en la primera juventud, son tan engañosos como todas las evocaciones del pasado lejano. Lo que Apeles Mestres era para nosotros hacia el 85, quizá lo haya olvidado todo el mundo, incluso él; quizá no lo haya sabido nunca. Su valor tiene, por consiguiente, una gran parte sentimental.

Pero lo que puede comprobarse con uno de aquellos libritos delante—por ejemplo, con las *Odas* de Horacio, el *Horacio en España*, de D. Marcelino Menéndez Pelayo—es el hecho de que en aquella época se realizó un esfuerzo editorial que supo envolver y arrastrar en un movimiento entusiasta, apasionado, á gran número de artistas españoles. Entonces vivían ilustrando libros muchos buenos pintores, grabadores y dibujantes. En ese, que citamos, llega el esfuerzo á las artes de la encuadernación. Vivían del trabajo diario, estableciendo la debida proporción de países editores y públicos—como en Londres, Leipzig ó París—. Era la época en que los artistas ingleses William Crane, Morris, Dana, Parsons, Reinhard, Sullivan, los discípulos de Dante Gabriel Rossetti y los de la vieja tradición, ilustradores de las obras de Dickens, conseguían renombre y fortuna en esa labor decorativa. Y era, sobre todo, el momento en que, después del prestigio de Gustavo Doné, se alzaba en París con el cetro de este arte auxiliar el español Urrabieta Vierge.

Porque Urrabieta Vierge es, en realidad, el origen de la escuela de ilustradores españoles, especialmente de los barceloneses. Apeles Mestres, el más inmediato; José Luis Pellicer, ya con un sentido más personal; Fabrés, Gómez Soler, Riquer, Xumetra... Ilustradores que servían con bastante fidelidad la indicación é inspiración del texto y que procuraban ser útiles al lector dándole el complemento de los paisajes, de los tipos y más de una vez nociones arqueológicas elementales. Como dibu-

jante y maestro en el arte de la composición grandiosa, Urrabieta no podía tener rival entre los que vivieron después de él. El enorme esfuerzo que significa, por ejemplo, la ilustración de la *Historia de Francia*, de Michelet, difícilmente podría ser renovado por ningún otro; porque eran necesarias la fantasía, la rapidez de concepción y el dominio del dibujo, á más de una disposición singular que tuvo aquel artista verdaderamente único, y al cual, por cierto, hemos dedicado en España menos atención de la que su obra merece.

Apeles Mestres siguió muy de cerca su género de ilustraciones, de tal modo, que su estilo y su manera vienen á ser como una limitación fragmentaria de las amplias composiciones del maestro. Pero tuvo siempre el don de simpatía, claridad y gracia que convierten cada dibujo suyo en un poema de sencillez.

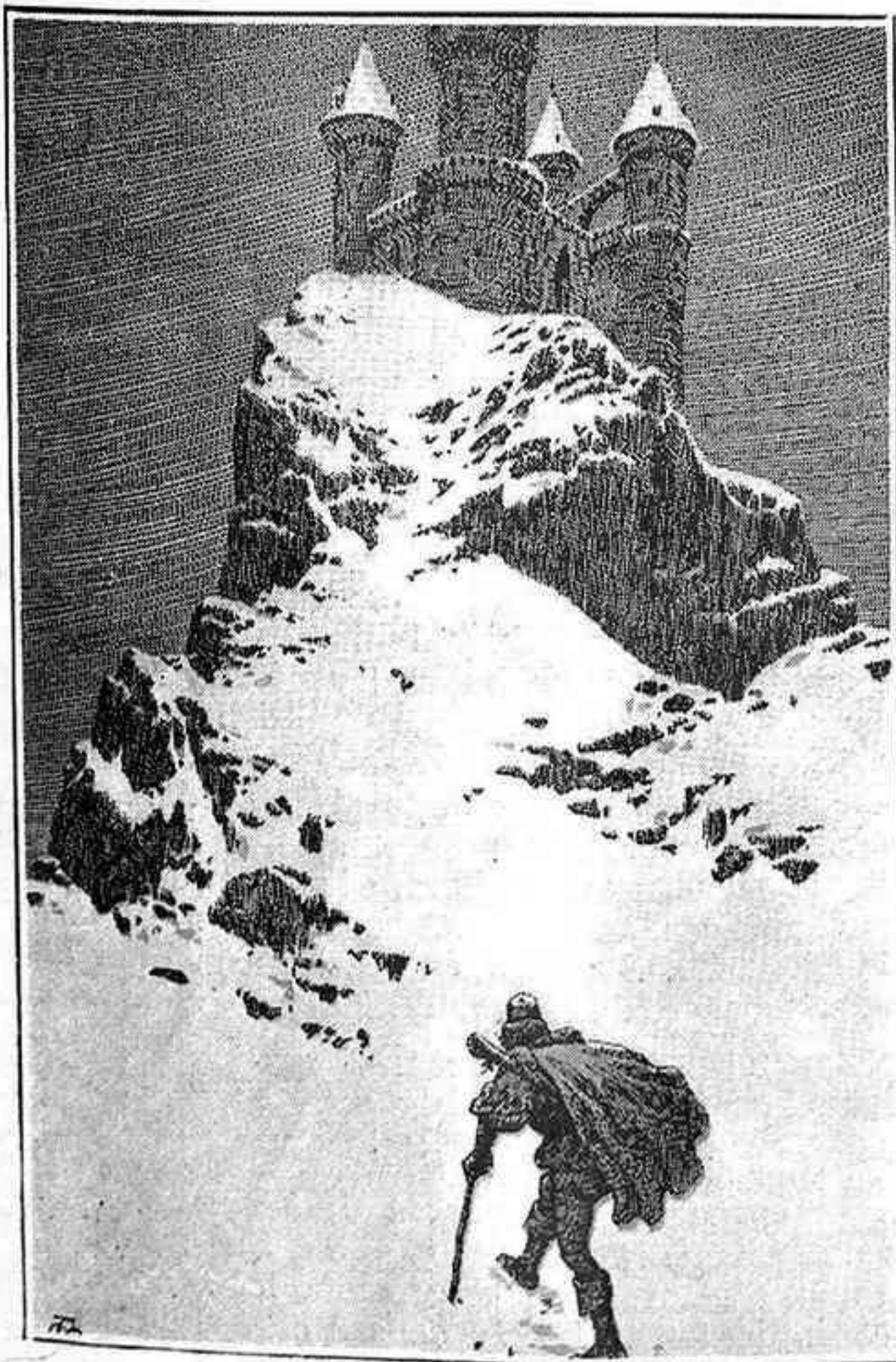
Así son también los versos de Apeles Mestres, que saben de memoria hasta los niños de las escuelas en la montaña:

«Tol riure avui el cirerer  
Tol vell com'és, quina alegria!  
«No veus?, m'ha dit; ja torno a ser  
lo que un altre any i altre any solia...»  
Y ha desgranat en l'arbre vell  
un virolai le pastorella,  
amb alegrois de flor y auzell  
i esborregada cantarella...

Le ha gustado pintar con su sencillo y sumario procedimiento estas escenas campesinas, idílicas y pastorales.

Cerca de un álamo, sentada una niña trenza, gozosa, «son rich cabell d'or». ¿De dónde es este paisaje? ¿Es de una poesía de la juventud de Verdaguer? ¿O son versos del mismo Apeles Mestres? Recuerdo bien la figura, graciosa, inclinada sobre el espejo de las aguas corrientes, y la risueña decoración de bosque, con cierto aire infantil que trae también á la memoria otra evocación: la de los cuentos de Andersen, ilustrados de la misma mano.

LUIS BELLO



Dibujos del cuento titulado "La Capa"



Dibujos del cuento titulado "La Espada"



UENTOS  
DE  
"LA ESFERA"  
LA CASA  
DE ORATES

OCHO días después de haberme licenciado en Medicina y de haberme casado con Pepita, la preciosa modistilla que diera á toda mi vida de estudiante un tono de alegría y de honestidad á la vez, mi padre, que era un cacique de tomo y lomo, nada menos que vicepresidente de la Comisión Provincial, consiguió que me nombrasen médico director del Manicomio de Villatriste. Tres mil pesetas, con descuento, pagadas con poca puntualidad; pero el trabajo no era arco de romanos ni cosa del otro jueves. A las nueve hacía la visita á los pobres dementes, y el resto era domingo para mí. Yo no sabía cosa mayor de enfermedades mentales; pero muy pronto el estado de abandono en que yacía aquella casa sublevó enteramente mi temperamento. Aquello era un depósito de idiotas, imbéciles, bobos y deficientes, donde había algunos locos. Los loqueros, antiguos sargentos del ejército, allí colocados por los diputados provinciales, llevaban la dura disciplina de cuartel á aquella *citta dolente* de la miseria y de la podredumbre humanas. Funcionaba el vergajo; las cunas estaban siempre ocupadas; se aplicaba el chaleco á cada dos por dos; la cocina era escasa y el alimento parvo y deficiente. Los baños y las duchas brillaban por su ausencia. Los pobres enfermos llegaban á mi presencia amedrentados y tímidos; las buenas hijas de San Vicente de Paúl—encargadas de la administración de la casa—dejaban todas las iniciativas á los loqueros y yo no lograba nunca descifrar enteramente el enigma de aquella casa, cerrada á cal y canto á las miradas de los profanos.

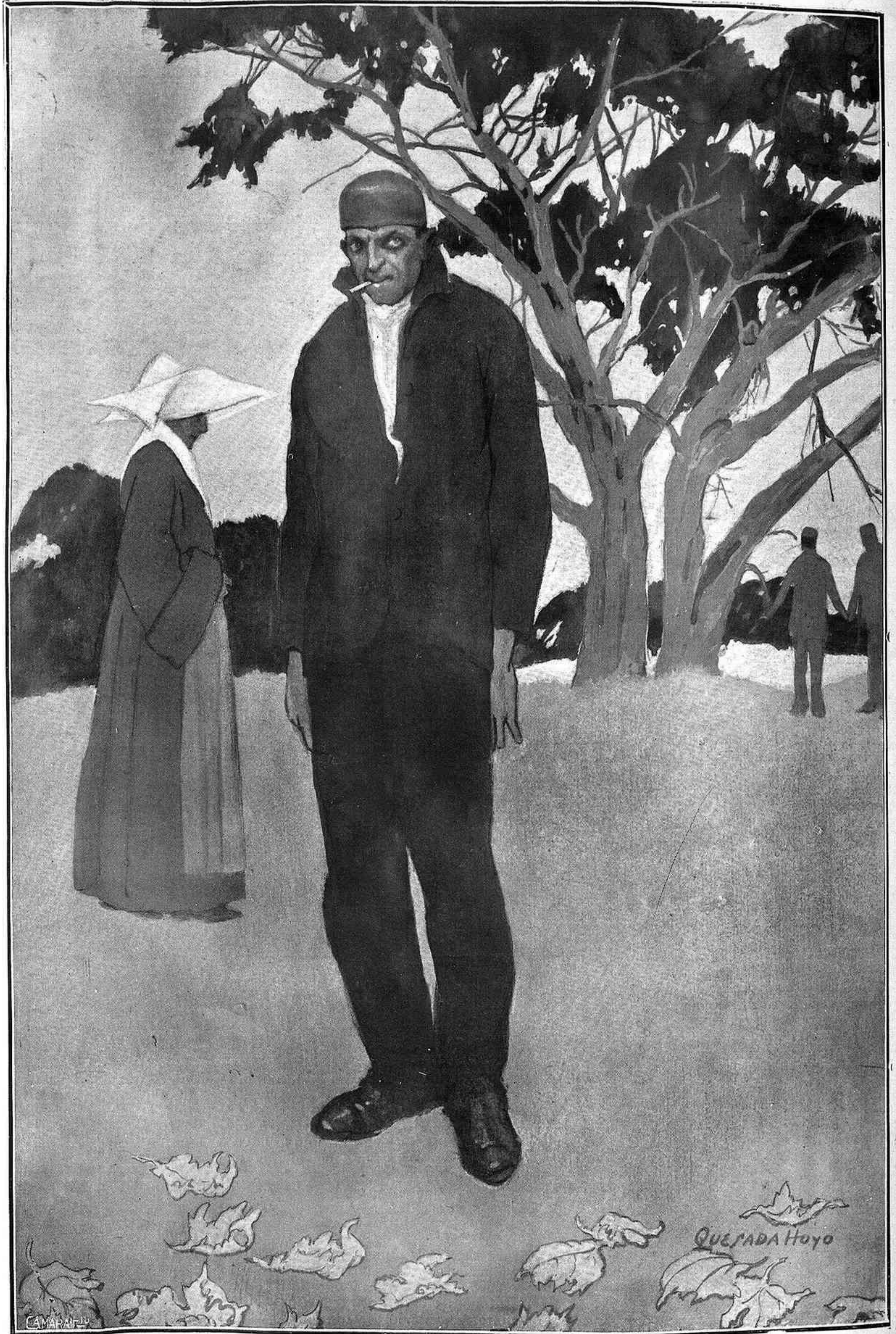
Los enfermos eran, por lo común, idiotas vulgares. Las regiones vinícolas de la provincia daban un buen contingente al personal. Había dos epilépticos peligrosos, un melancólico muy avanzado y un avariósico que se debatía en las ansias de la muerte. Acaso los locos puros eran los más felices. Uno de ellos, emperador del reino de Sanfelices, su pueblo, pasaba las horas hablándonos de su corte y de su ejército, de sus finanzas y de la señora reina, su mujer. Otro de ellos, zapatero antes de ser recluso, se las echaba de archimillonario, y para pagar sus pérdidas del tute á los compañeros les reintegraba en sendos cheques imaginarios. Un

tercero, abandonado por la mala hembra de su mujer en la travesía de Buenos Aires á Cádiz, pasaba las horas cantando las excelencias de la ingrata y las dulces y sabrosas horas de amor pasadas á su lado. Otro infeliz, corroído por una enfermedad terrible, cantaba cuplés que oyera á la Raquel Meller de estudiante, y en su cabecita ya no quedaban ideas ni palabras siquiera, sino reflejos, ecos y piltrafas de sensaciones remotas que no hacían ya vibrar su pobre espíritu insensible.

Yo, médico, nada podía hacer contra tal estrago. Procuraba vigilar la cocina, me curaba de la limpieza y policía de las camas, evitaba el abuso de las gualdrapas y del chaleco y solicitaba de la administración que no escaseara el tabaco, que tanto bien y de tan grata manera distrae á los alienados. Si no había cambios meteorológicos bruscos, la vida del manicomio marchaba como una seda. Los días de cambio de luna eran también un tanto revueltos y agitados. Aquellos días los locos, á la salida del refectorio, marchaban á los patios dispa-

rados como flechas, corrían, cantaban, danzaban, disparataban á su sabor, y de noche, rendidos, en sus aposentos, soñaban á grandes gritos y recordaban y añoraban, con notable precisión, episodios de su vida pasada, horas de dolor, horas de placer, cuyo recuerdo había quedado grabado á machamartillo en su cerebro.

Muy pronto llegó á intrigarme la suerte de un pobre enfermo que al decir de los loqueros era bastante peligroso. A primera vista le juzgué por alcohólico en segundo grado. Tenía los ojos hundidos y desorbitados, la palabra torpe y balbuciente y la sonrisa pronta. Era muy obediente y sumiso, y empleaba todos sus ahorros en fumar de continuo. Su vida había sido un tanto pintoresca. Casado con una guapa moza de una aldea situada en la frontera de Portugal, marchó con ella á Buenos Aires, y en unos años de esfuerzo continuo logró levantar un capitalito de treinta y cinco á cuarenta mil pesos. Su mujer le acabó los ahorros en un santiamén. Se decía que ella era muy dada á las joyas, á los di-







jes y al complaciente trato con los mancebos. Regresó el matrimonio á España; á él le dió el naipe por frecuentar la taberna. Un día, previo certificado del médico del lugar, fué recluso en la casa de orates, pasó por la experiencia de las cunas y del chaleco, y una noche se descolgó de una ventana, apareciendo tres días después en su provincia, situado á veinte leguas de la capital de provincia, donde se encuentra este manicomio que yo dirijo.

Pude darme cuenta de que Enrique, el enfermo alcoholizado, no era simpático ni á las monjitas ni á los loqueros. A las monjitas porque decía á los pobres bobos que le rodeaban que él era republicano, y ateo, y librepensador. A los loqueros porque cuando en cuando se permitía discutir con ellos acerca de las deficiencias del régimen interior de la casa. Recluso de nuevo en la casa de orates, su conducta era intachable á todas luces. Paseaba solo, á grandes zancadas, sin hablar con nadie, siempre ensimismado, siempre triste, fumando sin descansar cigarrillo tras cigarrillo, sonriendo, á lo mejor, como si fuese el protagonista de un diálogo imaginario. Y comía con apetito. Y dormía de un tirón. Los loqueros, para evitar una segunda fuga, le habían recluso, á espaldas mías y sin saber yo cosa alguna, en una cuna, al lado de un epiléptico, una mala bestia, que se pasaba toda la noche, de claro en claro, cantando canciones lascivas, sin dejar pegar el ojo al compañero.

Llegué una mañana temprano á la Casa de Salud á certificar la defunción de un demente. Enri-

que paseaba fumando, como de costumbre. Se quitó la gorrilla á mi paso y le llamé:

—Enrique: ¿cómo te encuentras, hombre?

—¡Muy bien, doctor!—me replicó.

—¿No te duele la cabeza? ¿Tienes buen apetito? ¿Comes bien?

—Siempre he comido bien y nunca me ha dolido la cabeza, doctor. Por lo demás, siempre he rebafiado el plato.

—¿Y por qué te escapaste?

—Porque me encontraba mal entre estos bobos.

—¿En qué sala estás?

—En las cunas.

—¿Cómo en las cunas?

—Sí. En las cunas me han puesto los enfermeros. Estoy de compañero de habitación, en el calabozo, con Rodríguez. Por cierto que no me deja dormir.

Lo tuve en cuenta para dar una grito á los loqueros. Todo lo que me dijo fué prudente, discreto y atinado. Seguí observándole con curiosidad. Una densa tristeza empañaba sus ojos algunos días; seguía encerrado en su misantropía y en su soledad; no conversaba con nadie, y cuando tenía la suerte de apoderarse de algún pedazo de periódico viejo usado, era el más feliz de los mortales Enrique.

Procuré indagar. En el pueblo pasaba por un borrachín; pero nunca jamás por un desequilibrado. Al retorno de Buenos Aires se consagró al alcohol. Decían las gentes que su mujer había dilapidado en muy pocos meses el capital que peso á peso amontonara Enrique durante ocho años. A la vuelta la mujer de Enrique fué la admiración del pueblo. El médico, un solterón mujeriego, coqueteó con ella. Días después se iniciaba un expediente contra Enrique para recluirle. El pueblo en masa protestó; pero pasaron los días, las protestas fueron amansándose poco á poco y ya llevaba cerca de dos años recluso Enrique en el manicomio de Villatriste.

Con estos antecedentes tenía un camino que tomar: libertar inmediatamente á aquel pobre hombre de la reclusión. Los loqueros me aseguraban, sin embargo, que Enrique estaba enamorado de la mala hembra de su mujer y que sería inevitable un nuevo choque entre ambos. Pero mi deber era claro: aquel hombre, que no estaba loco, no debía

permanecer un minuto más en aquella Casa de Salud.

Llamé al padre de Enrique. Le ordené que comprase un pasaje para la Argentina, un pasaje á su hijo, que lo viniese á buscar un día determinado, que le embarcase en Vigo y que no volviera á la aldea hasta que no estuviera seguro de que su hijo navegaba en alta mar, con rumbo á una vida nueva, desligada completamente de los recuerdos del pasado.

Así se hizo. Enrique salió de la Casa de Salud. Me dió un abrazo y me prometió ser discreto y prudente.

•••••

He leído esta mañana el periódico y me he quedado helado de espanto. Enrique ha matado á su mujer y al médico del pueblo. Les ha cosido á puñaladas á los dos. Desde Cádiz volvió á la aldea, pasó toda la noche rondando la casa de su esposa, y al clarear el alba penetró en ella por la chimenea de la cocina. Allí estaba el médico. Los dos han quedado tendidos, entre un charco de sangre. Enrique se entregó á la justicia, declarándose autor del doble crimen. En el pueblo no ha producido una gran impresión la catástrofe. Los vecinos han declarado sencillamente que la esperaban.

Para situación crítica, la mía. ¿Cómo reclamo yo al pobre enfermo? ¿Cómo explico que bajo mi responsabilidad le eché de la Casa de Salud y que ahora torno á reclamarle á ella? ¿Quién está loco? ¿Quién no lo está? ¿Por qué no se me ocurrió prevenir que Enrique, en libertad, había de buscar fatalmente la revancha? Por otra parte, ¿á santo de qué iba á tener yo recluso en un depósito de bobos y deficientes mentales á un pobre hombre víctima de una mala mujer? ¿Qué situación la mía, santo cielo!

He visto esta mañana en la cárcel á Enrique. Me reconoció en seguida.

—¡No estoy loco, doctor Rubio, no estoy loco! Lo que pasa es que liquidé todas mis cuentas con aquella perra.

Y tornó en seguida á su ensimismamiento, á su melancolía. Encendió un pitillo y comenzó á reír; sus carcajadas resonaban en el locutorio jovialmente como un canto de liberación.

JOSÉ SANCHEZ ROJAS

DIBUJOS DE QUESADA HOYO



# T I P O S V A L E N C I A N O S



EL TÍO CONO, cuadro original de José Pinazo Martínez



# PEPITA Y DON JUAN

LOA DE LOS ILUSTRES DRAMATURGOS D. SERAFÍN Y D. JOAQUÍN ÁLVAREZ  
QUINTERO EN EL PRIMER CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE D. JUAN VALERA

La noble inquietud espiritual de los ilustres hermanos Quintero no se satisface tan sólo con la creación de sus obras admirables, sino que también, espíritu generoso, dedica sus esfuerzos a honrar a los grandes artistas españoles con tributos de trabajo y admiración. Como con Bécquer ayer, y luego con Galdós, los hermanos Quintero han rendido su homenaje a la memoria de glorioso novelista D. Juan Valera, escribiendo con motivo del centenario del nacimiento del autor de Pepita Jiménez la siguiente magnífica «Loa» que se representó en el Teatro Español de Madrid, y cuyas primicias han tenido la gentileza de ofrecer a LA ESFERA.

## PERSONAJES

PEPITA JIMÉNEZ, ANTOÑONA, SEÑA FRASQUITA, MARIANELA, MARTA, MARÍA, SOTILEZA, FORTUNATA, LA GITANILLA

## PEPITA Y DON JUAN

Jardín en casa de Pepita Jiménez, embellecido por la luz de una tarde de Mayo. A la derecha del actor,

sobre un pedestal adornado con flores, un busto de Don Juan Valera.

(Sale por la derecha Pepita; el jardín resplandece aún más a su presencia. La sigue Antoñona, su vieja y fiel criada.)

ANTOÑONA.—Pero, niña, ¿quieres sentarte? Vas a caer en cama con este trajín. Llevas un día de no sosegar un segundo.

PEPITA.—Descuida, Antoñona; no me sucede nada malo. Lejos de cansarme, este trajín, como tú le llamas, me sirve de deleite. ¿En qué cosa mejor podría emplear mis horas? Hoy veo logrado al fin el sueño que sabes que ha tiempo acariciaba, y me lisonjeo de poder ofrecerle en mi casa al mundo entero estos Jardines de Don Juan. ¡Día para mí de fiesta y de gala, Antoñona! ¡Jardines de Don Juan! ¡Jardines de mi padre!... ¡Con las más lindas flores de mi tierra andaluza había yo de corresponder a la gloria que él me conquistó! Estos jardines se verán constantemente lozanos y frescos, floridos y alegres, evocando así la nunca marchita juventud de aquel ingenio privilegiado. La primavera, deseosa de ir delante de todos para

renirle su homenaje, ya embalsama el aire con olores de azahar, de rosas y de claveles; el estío traerá su albahaca, sus geranios y sus blancos jazmines, estrellas fragantes que derrama el sol sobre la tierra; el otoño vestirá de oro de infinitos matices estos árboles, con envidia del oro que ya asomará en el sabroso fruto de los verdes naranjos; el invierno frío esconderá en cien rincones ocultos sus modestas violetas, que dondequiera descubriremos nosotras por su delicado perfume...

ANTOÑONA.—Y entre todas las flores que nazcan aquí, siempre, niña mía, tú serás la de más alto valor y la más preciosa. Junto a tu boca, ¿qué valdrán geranios ni claveles? Junto a tus manos, negros parecerán nardos y jazmines. Junto a tu talle, ¿qué palmera habrá aquí que pueda ponerse?

PEPITA.—Calla, Antoñona, calla; no desvaríes, llevada del cariño que me profesas.

ANTOÑONA.—¿Desvaríes llamas a mis alabanzas? Pero ¿es que por ventura estoy sola en esos desvaríos? Pues Don Pedro de Vargas, con toda su fama y su vida de Don Juan Tenorio, bien que tiró su capa a tus pies para que pisases el terciopelo de



"Pepita Jiménez"



"Antoñona"





"Señá Frasquita"

sus vueltas; y su hijo Don Luis, que iba para cura, no te tiró sino los manteos, loco de amor por tus ojos gachones... Conque no digas que desvaría Antoñona, porque sabe apreciar la sal y la gracia del mundo que Dios te ha dado.

PEPITA.—¿Quién llega?

ANTOÑONA.—¿Qué sé yo! ¡No es posible llevar la cuenta de todos los que acuden á festejarte! ¡Buena la has hecho con los dichosos *Jardines de Don Juan*! ¡Todo el mundo se cree con méritos y autoridad para entrar en ellos sin papeleta! ¡Dios nos libre de que venga otra tanda como la que ya vino! ¡Qué pelajes! ¡Gentes de todas las tierras desconocidas pienso yo que eran, porque en mis años nunca vi semejantes prójimos! ¡Y todos han de contar su cuento!

PEPITA.—Es natural que lo cuenten, mujer. El cuento de cada uno viene á ser la papeleta que tú echas de menos para entrar aquí. Ese cuento es el título en nombre del cual me honran y agasajan todos en este día solemne.

ANTOÑONA.—Pues prepárate á recibir á esta guapa moza que ya se acerca, y á oír el cuento que quiera contarte.

PEPITA.—Hermosa es, en verdad. Risueño es su rostro, como la mañana de hoy.

(Aparece por la izquierda la Señá Frasquita, ó sea la Molinera de «El sombrero de tres picos». Trae un canastillo con flores.)

SEÑÁ FRASQUITA.—A la paz de Dios.

PEPITA.—Dios te guarde, buena mujer.

SEÑÁ FRASQUITA.—¿Eres tú Pepita Jiménez?

PEPITA.—Para servirte.

SEÑÁ FRASQUITA.—Muchas gracias por la cortesía; pero á servir quien está soy yo, máxime á señora tan principal y tan honrada.

PEPITA.—¿Quién te ha hablado de mí?

SEÑÁ FRASQUITA.—Las mil lenguas de la fama, señora.

PEPITA.—¿De dónde eres?

SEÑÁ FRASQUITA.—De tierras de Navarra.

ANTOÑONA.—¿Y viene de allá? ¡Pues buen via-

je trae! A mí me va por el pensamiento que de Navarra á Andalucía hay muchas leguas de camino.

SEÑÁ FRASQUITA.—Sí las hay, sí, y las habría andado para llegar á estos jardines si hubiera sido menester. Pero ahora vengo de más cerca, porque desde que me casé vivo también en campos andaluces.

PEPITA.—¿Luego eres casada? Tu marido será, por cierto, tan real mozo como tú.

SEÑÁ FRASQUITA.—No, señora, que es más feo que Picio.

ANTOÑONA.—¡Animas benditas! ¡La suerte de los feos!...

PEPITA.—No lo será tanto como ella dice.

SEÑÁ FRASQUITA.—Le da un susto al miedo. Y es también jorobado, de añadidura.

PEPITA.—Entonces le quisiste por lástima.

SEÑÁ FRASQUITA.—¡Eso, nunca! Por su bondad y su natural despejo y su donaire le quise. ¡Vale muchos dineros mi Lucas!

PEPITA.—¿Tu Lucas? Pues por tal nombre y las señas de su persona que das, mucho me engaño si no eres tú la Molinera.



"María"

SEÑÁ FRASQUITA.—¡La Molinera soy! ¡Me conoces?

PEPITA.—¿No he de conocerte, si tu historia y la mía corren juntas? A la vez que se supo que Pepita Jiménez se había prendado de Don Luis de Vargas, el seminarista, anduvo en lenguas el ridículo enamoramiento del corregidor de *El sombrero de tres picos*.

SEÑÁ FRASQUITA.—Pues otras amigas que nacieron como tú y como yo por aquel entonces vienen también de camino hacia acá á regalarte. Yo te traigo estas flores extrañas. Ya sabes que mi marido es muy habilidoso y hace prodigios. Ahora mismo ha logrado que un loro, contemplando un reloj de sol, dé la hora á gritos puntualmente, según el sol la marca. Es digno de oírle.

ANTOÑONA.—¡Jesús! ¡Ruede la bola!

SEÑÁ FRASQUITA.—Si lo quiere ver, señora An-

toñona, vaya á mi molino, y de paso la convidaré con unos racimos de aquellas ricas uvas. Pero con todo, la habilidad mejor de mi Lucas la tiene como floricultor. De los ejemplares más curiosos que ha conseguido te traigo una muestra. Míralos.

PEPITA.—Dios te pague el valioso presente. Vuelca el canastillo al pie del busto de mi padre y reúnanse tus caprichosas flores á todas las demás que ya he recibido.

(La señá Frasquita obedece y queda junto al busto.)

ANTOÑONA (viendo venir á Marianela).—¡Ave María! ¡Mira qué andrajosa se cuele ahora! ¡Vamos á tener que cerrar!

PEPITA.—Sería doble trabajo el tuyo, Antoñona, porque tendrías que abrir á todo el que llegase.

ANTOÑONA.—Pues, por Dios, niña, no te arriesmes á esta chiquilla, que va á llenarte de miseria.

MARIANELA (que ha avanzado humildemente hacia Pepita con unas florecillas silvestres en la mano).—Descuide, señora, que no la rozaré. Me iré bien pronto. Pepita Jiménez, hija de un rey de reyes, señor de los señores, gala de tu tierra y del mundo, yo soy Marianela. (Se hinca de rodillas.)

PEPITA.—¡Marianela! ¡El cielo te bendiga! ¡Levántate, muchacha!

ANTOÑONA.—¿No la toques!

PEPITA.—¿Te quieres callar, Antoñona? Levántate, criatura.

MARIANELA (levantándose).—Gracias, señorita.

PEPITA (contemplándola).—¡Marianela!...

MARIANELA.—La huérfana de las minas de Socartes; la vagabunda, la infeliz; el lazarillo de Pablo el ciego. Yo estoy enamorada de mi señorito, y él de mí, porque no puede verme. Si llegasen á ver sus ojos, como dicen, yo me moriría de dolor. Yo le cuento á él todas las maravillas de la tierra y del cielo, y de los campos y del mar, y él me habla de las historias que le lee su padre. La otra noche me dijo: «Mariquilla: vas á llegarte á los *Jardines de Don Juan* y vas á llevarle á Pepita Jiménez unas florecillas de los prados de Aldealcorba de Suso y de los bosques de Saldeoro.» Y aquí las tienes.

PEPITA.—Ponlas tú misma por tu mano con esas otras. Alguna cogeré yo luego y se la ofreceré á mi Niño Jesús.

(Marianela deja también sus flores al pie del busto de Don Juan, como en adelante las demás figuras)



"Marianela"





"Sotileza"



"Marta"

que irán saliendo, todas las cuales quedarán asimismos junto á él.)

ANTOÑONA.—¡Virgen! ¡Ahora una monja y una señorita! ¡Esto es el Arca de Noé!  
(En el fondo han aparecido Marta y María, las célebres heroínas de la novela de Palacio Valdés así titulada. María viene de monja. Marta, con un trajecillo modesto.)

MARÍA. Pastores, los que fuerdes  
allá por las majadas al otero,  
si por ventura vierdes  
aquel que yo más quiero,  
decidle que adolezco, peno y muero.  
Buscando mis amores  
iré por esos montes y riberas,  
ni cojeré las flores,  
ni temeré las fieras,  
y pasaré los fuertes y fronteras...

MARTA.—María. ¡Por los clavos de Cristo, vuelve en tí! Deja un instante ahora á tu Amado del cielo, que venimos á honrar á un príncipe de los ingenios de la tierra. No confundas ni mezcles las cosas.

PEPITA.—¿Quiénes sois, que creo recordaros? ¿Es la primera vez que os veo?

MARÍA.—Somos Marta y María.

PEPITA.—¡Ah! ¡Ya decía yo! Bien venidas seáis. Os esperaba.

MARÍA.—Pues yo he de confesarte que he sentido escrúpulos de venir. Si no es por acompañar á Martita...

PEPITA.—¿Qué escrúpulos han sido los tuyos?

MARÍA.—Ningunos que puedan empañar en el pensamiento de nadie la gloria que hoy disfrutas.

MARTA.—Escrúpulos de monja son los de mi hermana.

MARÍA.—Llámalos como gustes; pero Pepita, con sus hechizos de mujer, apartó de la senda de luz que yo sigo á un hombre á quien el Señor conducía por ella.

PEPITA.—El propio Niño Jesús me ayudó á desviarle. Yo se lo pedí con fervor aquella inolvidable noche de San Juan... Y no debía de hacerle mucha falta mi Don Luis cuando fácilmente me le cedió... haciendo que todo nos empujase á ambos en la caída. La mutua atracción que nos acercaba; la luna, que entraba por mi ventana encan-

tando el lugar con su luz; el olor de las flores que llenaba el ambiente; el rumor de la fuente del jardincillo... y hasta el eco de las picantes coplas de mis criados, que nos arrullaban desde lejos... Todo, como te digo, parecía conjurarse para que Don Luis y yo fuésemos débiles y pecadores... Y ahora somos dichosos. Y Dios nos ha premiado con un hijo. Tú, en cambio, María, dejaste al enamorado marqués de Peñalta sollozando delante de un retrato tuyo.

MARTA (suspirando con íntimo gozo).—¡Ay!

ANTOÑONA.—¡A su merced le gusta el marqués, como si lo viera!

MARTA.—¡Si; pero el marqués, embaucado por esta santita, no se ha dado cuenta hasta ahora!

PEPITA.—Ya se la dará, si está de Dios, y serás tan feliz á su lado como yo lo soy al de mi fracasado curita.

MARTA.—Pues ¡ojalá no tarde mucho! Porque esto de querer y callar ¡hace sufrir tanto!...

MARÍA.—Lo que sea será por la voluntad del que todo lo rige y gobierna; de Aquel para quien yo vivo y por quien muero...

Mil gracias derramando  
pasó por estos sotos con presura,  
y yéndolos mirando,  
con sola su figura  
vestidos los dejó de su hermosura.

PEPITA.—Perdona lo que te dije de mis escrúpulos. Quizá no he debido sentirlos. Acepta ahora estas azucenas que te traigo del jardín de las monjas Bernardas de Nieva; se las ofrezco en tí á tu padre y señor; al que supo penetrar en los más sutiles y oscuros arcanos del amor divino, y convertir á lo humano sus mieles, y extraer de ellos savia para alimentar las flores de un tan noble amor terrenal.

MARTA.—Estas que yo te ofrezco son de la huerta de mi padre. Hay, como verás, de todo lo que da la tierra. Las corté yo misma, con la intención de traértelas de todos colores. Te iba á traer también unos dulces hechos por mis manos. Yo soy muy casera y muy aficionada á cocinar. Pero hoy cuadran aquí más bien flores que dulces, y además hubiera sido atrevimiento brindárselos á quien hace los mejores pestiños, alfajores y piñonates conocidos.

(Inopinadamente ha salido por la izquierda del jardín Sotileza con unas florecillas también; la cual, artemiéndose á hablar, animada por la familiaridad de Martita, dice.)

SOTILEZA.—Avergonzada me siento yo de traer esta pobreza...

ANTOÑONA.—¡Bueno va!

SOTILEZA.—Pero quien da lo que tiene... Cuando me enteré de la fiesta, no pude contener el mi deseo de venir con mis flores. Lo consulté con el pae Polinar y me dijo que bien hacía. Y desde la tierra vengo. Me llaman Sotileza.

PEPITA.—Ya, ya. Sólo tú podrías venir de tan lejos limpia y pulida como si salieras del tocador.

SOTILEZA.—Es que yo de mi natural soy así, señora.

PEPITA.—Bien lo dice el tío Mechelín: que ni pisas ni manchas; que vas y vienes como la pluma misma por los aires...

SOTILEZA.—No quita el ser pobretuca para ser limpia como una plata.

PEPITA.—Eso pregona tu señorío.

SOTILEZA.—Soy callealtera.

PEPITA.—Callealtera erés, y en todo punto acreditada tu finura nativa. Yo vivo en casa principal; tú en una bodega de pescadores; pero con el mismo amor dora el sol mis estrados que alumbra el atalaje de tu cuartuco. Y á su luz lo mismo parecen.

SOTILEZA.—Allí vivo sin pesadumbres ni envidia de nada; limpia de conciencia también y sin ambición de cosa alguna que no sea de mi parigual. Si algo valen las flores que ahora te muestro es porque vienen con aire de no ser sino lo que son; nacieron vecinas de las duras peñas, donde se estrella el mar bravío, azote de los pescadores. Tómalas. (Pepita las toma y las pone con las demás. Entretanto llega Fortunata con unos geranios.)

FORTUNATA.—¡Pues los Madriles no han de faltar tampoco en esta verbena de tanto rumbo!

ANTOÑONA.—¡Anda! ¡Una chula!

FORTUNATA.—Una chula, sí. ¿Qué hay con eso, fortuna? Una chula. ¿Qué ocurre?

PEPITA.—¡Fortunata!

FORTUNATA.—Fortunata, sí; la Pitusa. ¿Qué hay?

PEPITA.—Que bien vengas, mujer. Eres la simpatía en persona.

FORTUNATA.—Soy lo que soy, y no sé si caigo



bien ó caigo mal; pero vengo porque me lo dita el corazón. (A Antoñona.) No gruñan usté, señora mía, que tos somos hijos de Dios y ca uno habla como puede. ¡Pa chasco!

ANTOÑONA.—¡Pa chasco!

FORTUNATA.—¡Pa chasco, sí! ¡Oh! ¡Miá esta! Si le paece más fino. Ten ahí tú, Pepita Jiménez, este recuerdo de las verbenas de los Madriles de mi alma. Bien comprendo que tú vas por un camino y yo por otro; pero en una cosa así me da á mí el corazón que siempre habemos de encontrarnos. Tú eres señorío y yo soy pueblo. ¡Pueblo! No tengo compostura. Ni ganas. Ni entiendo de *biologías* tampoco. Ni falta que me hace. Pero sé que mi historia anda ya escrita y que en la primera hoja de ella se nombra pa honrarlo al talento que te trajo al mundo. Y por eso, y porque yo no pienso las cosas, sino que me llevo de mi sentir, está aquí Fortunata.

PEPITA.—Y yo te veo con la misma alegría que á todas las he visto.

FORTUNATA.—Jacinta no ha venido conmigo porque no tié tiempo más que pa buscar por el mundo un chiquillo que Dios no le da. ¡Ya se contentará con el que yo la deje! Esta es mi idea, ¡mi idea!

(Como por arte de magia surge de improviso, despertando la admiración y el júbilo de todos, Preciosa, la Gitanilla de Cervantes, que se dirige á Pepita con estos versos:)

GITANILLA *Hermosita, hermosa,  
la de las manos de plata,  
más te quiere tu marido  
que el Rey de las Alpujarras.*

PEPITA.—¡Oh! ¡La Gitanilla!

FORTUNATA.—¡Preciosa!

SOTILEZA.—¡La hija de Cervantes!

MARTA.—¡La Gitanilla!

GITANILLA.—Todas me habéis reconocido, ¿verdad?

PEPITA.—¿Y quién no, Preciosa? Con tu visita vienes á honrarnos singularmente.

GITANILLA.—Yo vengo, como todas hoy, á mostrarte veneración y rendimiento á ti, Pepita Jiménez, sino que vengo de distintas regiones que las más de nuestras hermanas. De toda España bajan ahora mismo á besarte la manos diversas criatu-

ras hijas del ingenio español; vienen unas desde las rías gallegas, los valles asturianos y las montañas de Vasconia; vienen otras desde las playas de Valencia y desde los pueblos levantinos y andaluces. La Corte de las Españas envía también lucida y gallarda procesión. Pero yo, como te digo, llego á ti desde más alto imperio. Por la majestad y alteza de tu casta, por tu hermosura y señorío, por tu gracia y pureza, por el hechizo de tu alma y de tu cuerpo juntamente, vengo á llevarte de la mano adonde yo residí: á la sombra del gigantesco árbol de la inmortalidad, bajo cuyas ramas augustas, de no mudables hojas, tenemos asiento las elegidas de los dioses. Mañana serán otras; hoy eres tú. Mi padre, que fué el primero que noveló en lengua castellana, me ha pedido que allí te lleve.

PEPITA.—Confusa y anonadada me hallo con tanta lisonja, con tan inmerecido homenaje; y si estoy muy lejos de aceptarle por mí, es natural que no le rehuse, volviendo los ojos á Don Juan. (Se adelanta al público y añade:) Quiero ahora despojarme unos momentos de mi apariencia de Pepita Jiménez. Ahora no soy Pepita Jiménez, ni siquiera la actriz que ha encarnado su figura en este acto; no soy sino una mujer española que conoció y amó á D. Juan Valera, y á quien fascinó la lectura de sus preciados libros. Una mujer cautivada primeramente por el raro señorío del filósofo artista y por la compleja inmensidad de aquel aristocrático espíritu, tan hondo y tan claro, de curiosidad universal, tan sabio y tan maestro; una mujer seducida por el buen gusto, la elegancia y la limpidez que resplandecían en cuanto él tocaba; rendida á su gracia profunda y sutil, á su bondadosa ironía; agradecida á su elevado concepto del arte, merced al cual y á la constante disciplina de sí mismo, que hizo de él espejo de soberana serenidad, reservaba para sí el dolor de la vida y lo alejaba de las páginas de sus obras, ó extraía de él para aromatizarlas consolador perfume... ¡Bendita sea aquella inoxhausta fuente andaluza, por cuyos surtidores risueños salían las aguas frescas, rumorosas y limpias, cuyos cristales pudieron reflejar un día las imágenes tembladoras de amor de Dafnis y Cloe!...

Don Juan Valera amó la vida y se extasió en la contemplación de su misterio. Cantó el *Fuego divino* y mecío su alma en la penetrante admiración de las maravillas de lo creado.

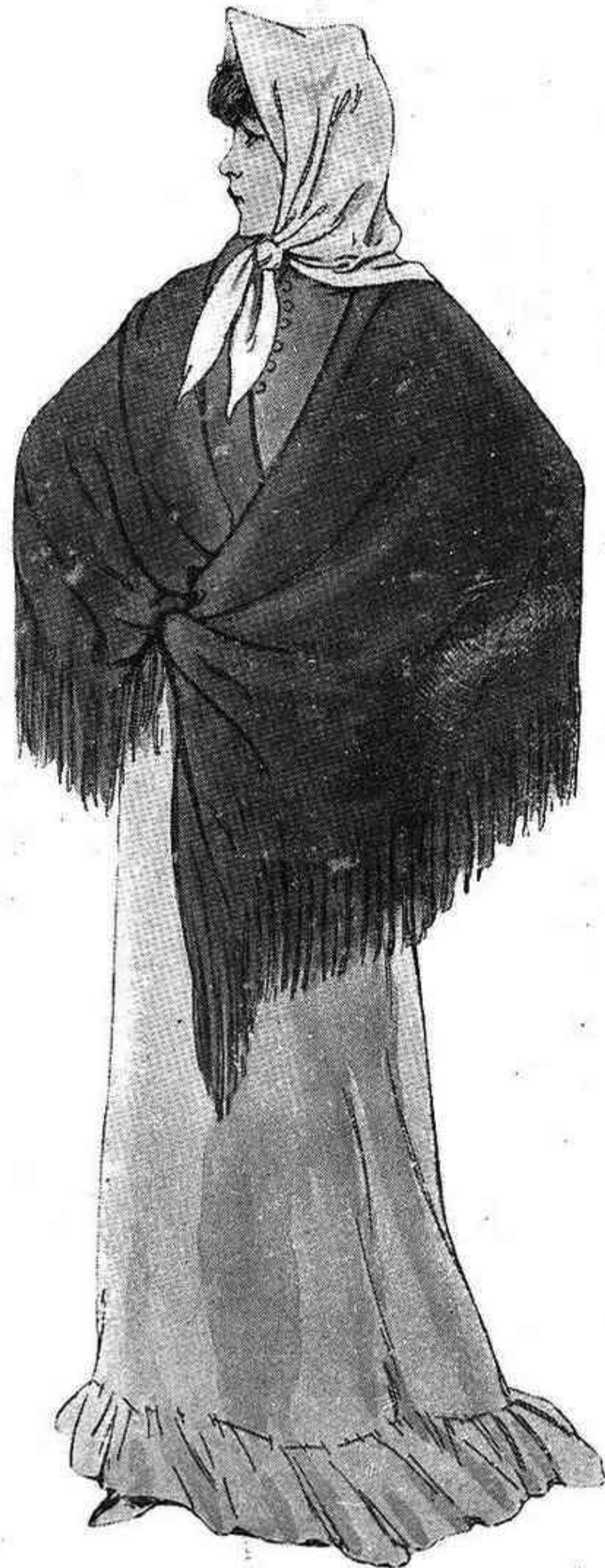
*Su perfume derrama  
la flor, el ave canta, el mar resuena;  
cuanto aborrece y ama,  
todo deleite y pena  
está en el alma y los espacios llena.*

*¿Dónde se posa y calma  
el corazón, buscando su destino?  
¿Dónde está la paz del alma,  
dónde el centro divino  
que suspenda su curso peregrino?*

Y cuando la vejez llamó á sus puertas, halló el mejor *Consuelo en la poesía*. Sean sus propias palabras, bellas y elocuentes, las últimas que en esta ocasión salgan de mis labios. Así cantó el egregio poeta:

*Vanamente, ¡oh, vejez!, con peso grave  
mis espaldas inclinas;  
como en lecho de amor, grato y suave,  
reposo en el de espinas.  
No en esta soledad pierdas el brio,  
ni al dolor te doblegues;  
brilla sereno, entendimiento mio,  
y todo bien no niegues.  
Mi invencible bondad, mi honda ternura,  
que fué tan mal pagada,  
prueban la elevación y la hermosura  
del alma enamorada.  
Aunque la adusta edad sólo te deja  
dolencias y fatigas,  
alma, desecha la cobarde queja;  
no del vivir maldigas.  
Si todo ser amado te desdenea  
ó te aborrece ahora,  
con las creaciones inmortales sueña  
que tu centro atesora.  
¡Cuán fecundo venero todavía!  
Basten á tu contento  
los hijos que en tu fértil poesía  
nazcan del pensamiento.  
Vístelos en el seno de tu idea  
de la forma que anhelen,  
y cuando su beldad el mundo vea,  
con gloria te consuelen.*

SERAFÍN Y JOAQUÍN ALVAREZ QUINTERO



"Fortunata"



"La gitanilla"

DIBUJOS DE ECHIEA



## UNA VISITA REZAGADA

(EN CASA DE MADAME THAIS Y SERAPION)

La tarde gris y nubosa, eso sí, con su poquito de sol (hace este año un tiempo divino, *impropio de la estación*, en París), es pesada y melancólica, pese á todo; una de esas tardes parisenses en que, por raro contrasentido, más tratándose de la *Ville Lumière*, no se sabe qué hacer. Claro que nuestra es la culpa, pues en voz de, acabada la *season* á fines de Noviembre, volvemos á los lares, nos hemos rezagado, dejándonos coger por el invierno; no hay, pues, sino resignarnos á una tarde de tedio hasta la hora del *Ritz* ó el *Carlton*, mientras, aunque la presteza y rapidez en el anochecer sea un obstáculo, un paseito á pie por la *Avenue du Bois*, ó cosa semejante.

Hay un momento de incertidumbre, y tras él, Pepito Zamora, el interesante dibujante español, que, pese á sus éxitos artísticos de París y Londres, sigue muy joven, absurdo y arbitrario, se da una palmada en la frente:

—¡Ya sé donde vamos! ¡Parece mentira que no se te ocurriese antes! Es una falta imperdonable, imperdonable. Está aquí una amiga, una gran amiga, que en nuestros tiempos de fervor bohemio nos ha acompañado muchas tardes en nuestras peregrinaciones por los alrededores de Madrid, cuando, bajo el cielo de turquesa enferma que al horizonte se teñía de púrpuras, recorriamos los suburbios, con sus casuchas bamboleantes, muy *cubistas*, y y sus andurriales gayos ó siniestros. Ella, con su lujo *asiático*, con sus fantásticas indumentarias y sus joyeles extraños, nos ha acompañado como tantas otras, como Pasifae de Creta, como Semiramis, como Cleopatra, como la pobre Reina de Saba y la desvergonzadota de Salomé, la ariscada hija de Herodías. Ella ha corrido mucho con nosotros, compartiendo la expectación, el comentario y hasta la anatema reprobadora.

Rápidamente recapitulo y pienso quién será. ¿*Tórtola Valencia*, la maravillosa bailarina de los pies desnudos? No. Vence en América, y no puede ser. ¿Entonces? Me apresto á interrogar, pero no me da tiempo:

—No caes... Es... Thais, la mismísima Thais, que se queda en casa... siempre. Con ella está Serapion, el famoso abad de Antinoe, que Anatolo France nombró en su novela *Papnucio*. Mira—prosigue—: vamos al *Museo Guimet*, y allí la verás. Mientras caminamos allí, evocamos aquellas ma-



Una belleza de antaño.—La momia de Thais, que se conserva en el "Museo Guimet"



Thais

DIBUJO DE ZAMORA

ravillosas imágenes que poblaron las tardes madrileñas. Zamora conjura ante mis ojos una Thais maravillosa, frívola y fastuosa, refinada y perversa, turbulenta é inquieta, con no sé qué zozobra espiritual. La veo envuelta en una elegancia exótica, casi incomprensible para nosotros, feliz, pero triste, triste con algo que era turbación de interrogación. La veo con su alma atraída por un no sé qué indefinible. Y asisto al drama del Abad de Antinoe, á su orgullo y su lascivia tras la castidad y la humildad, y á la irónica ley que impone, temprano ó tarde, vivir esas horas.

Hemos llegado al *Museo Guimet* y, tras correr algunas salas evocadoras de vidas magníficas que fueron, llegamos á lo que podríamos decir *cámara nupcial*.

Allí, en el mismo lecho, encerrados entre cristales, están Thais y Serapion.

La cabellera nívea de él se extiende junto al rostro que fué. No hay ironía. Ha llegado á la ascética perfección que, días y días, meses y años, viera

como un ideal en la calavera que no le abandonaba.

En cambio ella, Thais, sucumbe al atroz sarcasmo de la vejez (¡ay, de siglos!). Peripuesta, adornada y enojada, con preseas de plata y cintas de seda, recuerda, tendida allí, las cajas y tarros de afeites al lado; es la vejez sarcástica de cualquier mujer bella que se acostumbró á triunfar. Hace pensar en Sarah Bernhardt, en lady Hamilton, en Ninon, en Manon Lescaut, en algunas amigas, idas ya, que de niños admiramos, viviendo aún de su fama de bellas.

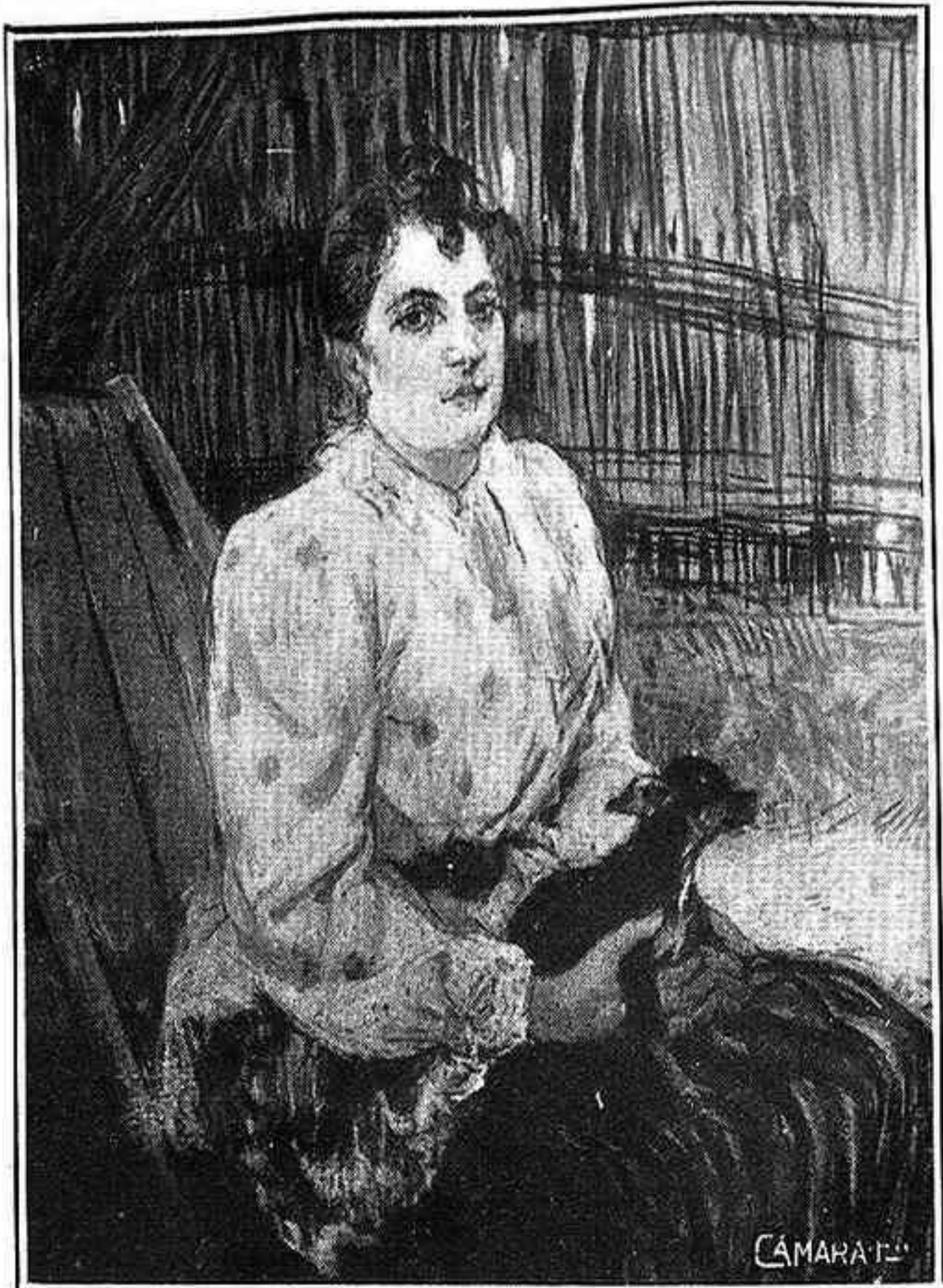
Y allí, en el crepúsculo parisién, que por momento se densaba más, pensé, con atroz tristeza, en la brevedad horrenda del tiempo, y sentí el anhelo de, dentro de muchos, muchos siglos, dormir en una vitrina del *Museo Guimet* de entonces, junto á *Tórtola Valencia*, la divina amada, cargada de bárbaras preseas de platino, oro y esmeraldas.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

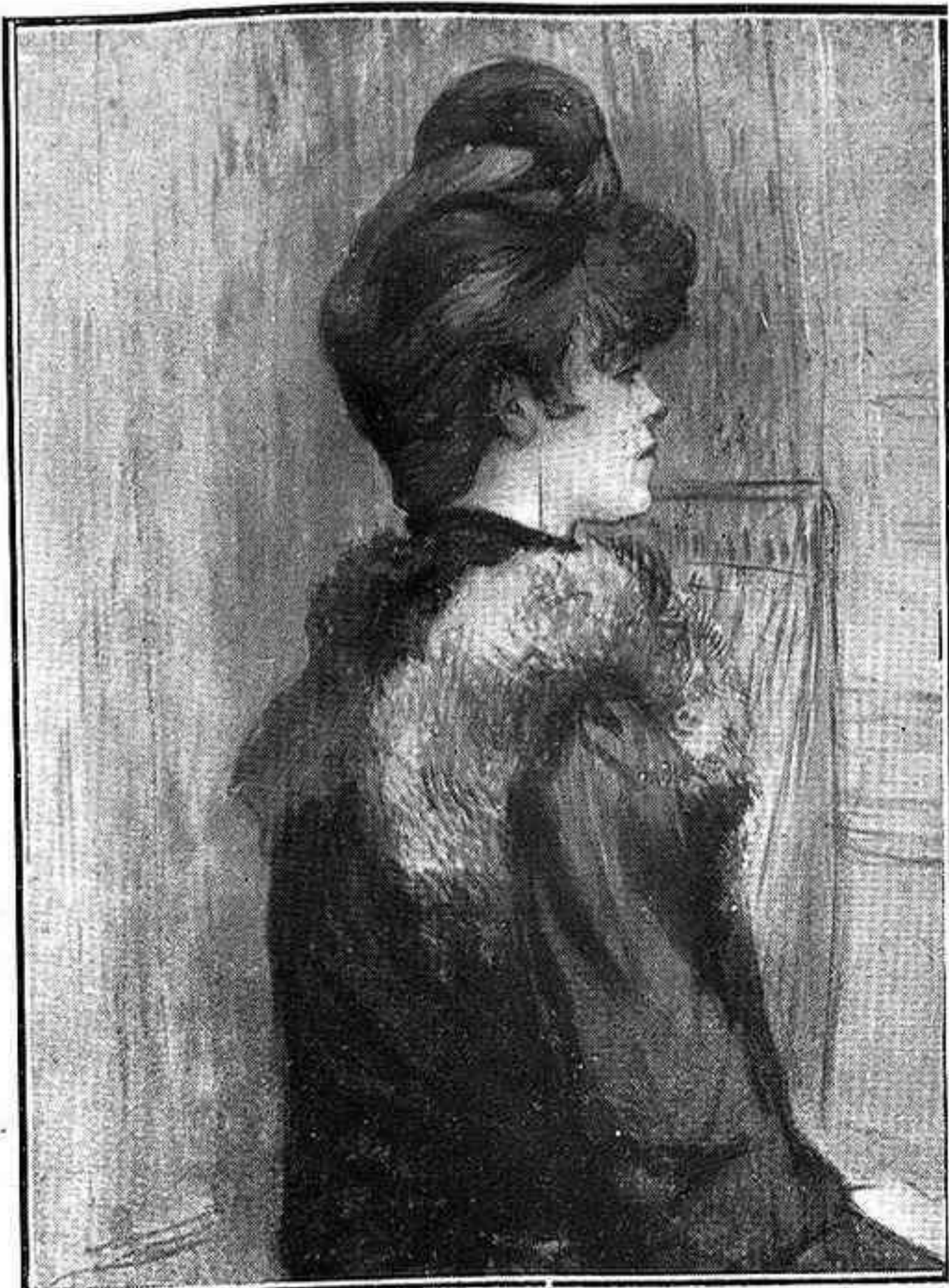
Paris, 1925.



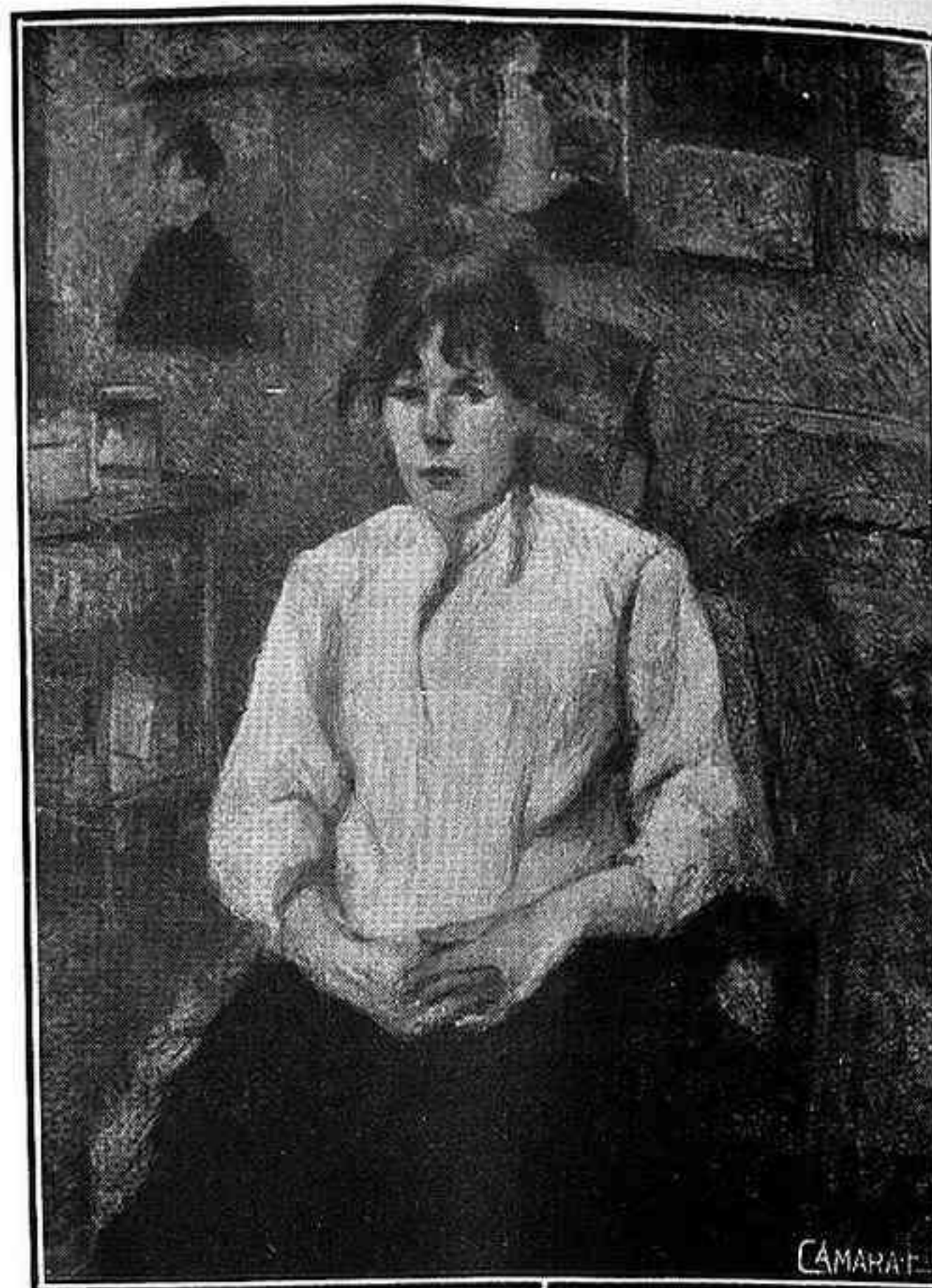
# LAS MUJERES DE TOULOUSE-LAUTREC



"La mujer del perro"



"Perfil de mujer"



"Mujer en chabra blanca"

«... le caracterizaba una exageración, una audacia de pintura curiosa, un rebuscamiento á menudo fructífero de efectos inosados, una nota escarecedora y cruel acerca de la meretriz sobre todo, mostrándola tal cual era, con las vergonzosas podredumbres de su fondo y las corrupeiones opulentas de su forma.»

Estas palabras de Huysmans, refiriéndose á cierto personaje de una de sus novelas, podrian definir la obra del gran Toulouse-Lautrec, quien asimismo tuvo mucho de novelesco. A la vez que Degas, con algunos de cuyos pasteles se confunden otros creados por su mano, destacó la fúnebre alegría profesional de una farándula galante; pero más que nada interpretó, merced á la deletérea hiperesesia de su temperamento afín, el vicio triste. Fué también mal comprendido por sus contemporáneos, y Gustave Coquiot le incluye con harto fundamento en esa dolorosa serie de *Pintores malditos* que acaba de lanzar al público é implica un instructivo apóstrofe.

Los modelos de Toulouse-Lautrec nos repelen y nos seducen, porque si son abominables sin disputa en ocasiones, son apasionantes siempre, cada uno á su manera: mujeres de teatro, con la fatiga del oficio, convulsionadas en un paso de danza; bellezas discutibles, como aquella *Ansiosa*, que debía su apodo á la costumbre de vaciar los vasos de los consumidores por la época en que rondaba las mesas del Moulin de la Galette, cuando al Mou-

lin de la Galette no concurrían las obrerillas, los dependientes y los estudiantes inmortalizados en un hermoso lienzo de Renoir, y que terminó actuando de domadora de leones, á los cuales acaso hipnotizara su aquilino perfil; ramerás de la más baja estofa, trágicas ó embrutecidas. Estos magníficos estudios femeninos se crispan sobre rincones de bails ó *cabaret* á los destellos de una cruda

nistas cuya razón se turba, ya que, según nos cuentan las biografías, los sujetos en quienes experimentó su feroz bisturi se tornaron á la postre sus verdugos:

*Ah! Malheur à celui qui laisse la débauche planter le premier clou sous sa mamelle gauche!*

Pintor de una enfermedad social, se inoculó á si propio gota á gota el virus epidémico, y con la carne y el espíritu corroídos continuó pintando, prendado al cabo del morbo que le asesinaba. Las salas de espectáculos, los despachos de bebidas, los prostíbulos, ambientes en donde enmarcó tantos históricos semblantes de hembra, presenciaron su agonía de hombre apestado, alcohólico, medio loco. Vino el desquite de las vampirescas crucificadas por su talento; las orquídeas del venusino jardín comunicaban su ponzoña á aquel que las reunió en un ramo pletórico de inéditos perfumes...

He aquí cómo el descendiente de unos condes moría de relajación á causa de su avidez artística, mártir y réprobo á la par, sin gloria ni nobleza, por un supremo escarnio del destino.

¡Pobre Toulouse-Lautrec!... Se asomó á los infiernos, nuevo Orfeo perseguidor de insanas Eurídicés, y no supo escapar á la acción de las llamas peccadoras.

GERMÁN GOMEZ DE LA MATA



"En el Moulin Rouge"



"En el baile"

tuz, en interiores de *bar* angloamericano ó rodeados por atmósferas de alcoba poco ventilada, y aparte de su evidente interés estético, ofrecen al psicólogo un interés de «documento humano», para emplear la expresión grata á los naturalistas de entonces. ¡Con qué sañudo amor—valga la frase—están trazadas semejantes figuras representativas de una decadencia!... Se diría que el artista, al reflejar su encanto patológico, las acaricia y las destroza.

En realidad, apenas se concibe que unos cuadros y dibujos así pasaran por completo inarvertidos durante la existencia de su autor. No nos extrañaría que hubieran levantado tempestades de protestas entre quienes suponen que ha de ser el arte adulación á todas horas y disección nunca; nos extraña, sí, que se los desdenara hasta el extremo de desconocerlos ó que se los desconociera hasta el extremo de desdeñarlos. Hoy, en cambio, se cotizan á precios fabulosos, y los museos ó las colecciones que poseen alguno lo conservan á modo de joya inestimable.

Toulouse-Lautrec ha visto quizá mejor que nadie un aspecto de la mujer moderna—no por in-moral frecuentemente menos digno de profunda observación—, pues lo ha visto con los ojos de la cara y con los del alma, impasible al principio y luego contagiado. Es el caso de los médicos alie-



"En el bar"



## POR TIERRAS DE ESPAÑA

# EN UNA CASA DE CASTILLA

PASO estos días de invierno en la casa de un pueblo clavado en el corazón de Castilla. La casa se alza en uno de los lados de una calle ancha y corta; á pocos metros de esta casa, hacia abajo, se abren tres caminos: uno tuerce á la derecha; otro inicia una cuesta y llega, en la hondonada, á las fuentes; otro, en la izquierda, enfila en dirección á una de las dos iglesias que el pueblo tiene. A pocos metros de esta casa, ruta arriba, se ensancha la calle y el camino desviase también con otro rumbo; en este punto se alza un poyo enjalbegado, con una cruz de hierro en el vértice: es un humilladero. Frente á la casa hay plantada una acacia de tronco feble y breves hojas que van amustiando y arrancando una tras otra estos vientos otoñales; frente á la casa también, pero en el lado opuesto de la calle, se dibuja un amplio arco de medio punto que remata en una hornacina libre de iconos; este arco es el esqueleto en pie de una de las puertas que en la Edad Media debió tener la muralla que cercaba y cerraba el pueblo. Esta casa tiene una dilatada fachada herreriana. Apenas hay en ella otras aberturas que una puerta y dos ventanas enrejadas, á inmensa distancia una de otra. La fachada está toda ella pintada de blanco y rematada la pared por el alero saliente. Para entrar en la casa hay que ascender una suave pendiente de la calle empedrada de guijos y remontar unos escalones.

Atravesando el zaguán se abre ante los ojos el patio de la casa. Es un patio cuadrado. Unas columnas de tono amarillo sostienen la galería del piso superior. En verano un toldo cubre el patio y lo libra del sol; en invierno, abierto libremente al cielo, el sol lo caldea. La blancura de cal constituye un afán tan vivo que en el patio aparece incluso blanqueada la faja de tierra que linda con las paredes. El patio tiene en cada uno de sus lados profusión de puertas. Estas puertas conducen á las diversas habitaciones de la casa. El paso por estas habitaciones es la revelación de un mundo de intimidades y laboriosidades que le han sido vedadas como un castigo á quien ha tenido que hospitalizarse de por vida en casas ajenas, de vecindaje desconocido y alquiler mensual. Estas habitaciones de casa de pueblo propia tienen el sabor religioso del hogar; sólo en ellas se comprende la fortaleza y la permanencia de la institución familiar.

El amor puede encontrar aquí un culto que no es posible en las yacijas tiradas á cordel de las grandes ciudades. Y es que todo aquí es afecto á la persona, todo va unido á ella: las recias paredes maestras que van desconchándose, las puertas de cuarterones que van siendo comidas por el tiempo, los incómodos soledosos en los que se pudre algún viejo mueble abandonado. La paternidad puede aquí enraizar aún con la esencia autoritaria del austero y severo padre romano... Los pisos de vecindad, en los que conviven promiscuamente gentes de todas procedencias, son disolventes de los valores humanos; separan, distancian, imposibilitan la comunidad íntima y recogida; las casas de pueblo, propiedad de quien las ocupa, unen, enlazan, eternizan la solidaridad familiar. El odio, cuando prende en ellas, prende también con potencia insuperable. El odio en los pueblos es más duradero, más firme, más implacable que en las ciudades. Va de padres á hijos, como las herencias. Se hereda con



La casa se ofrece con noble gesto de hidalgo castellano

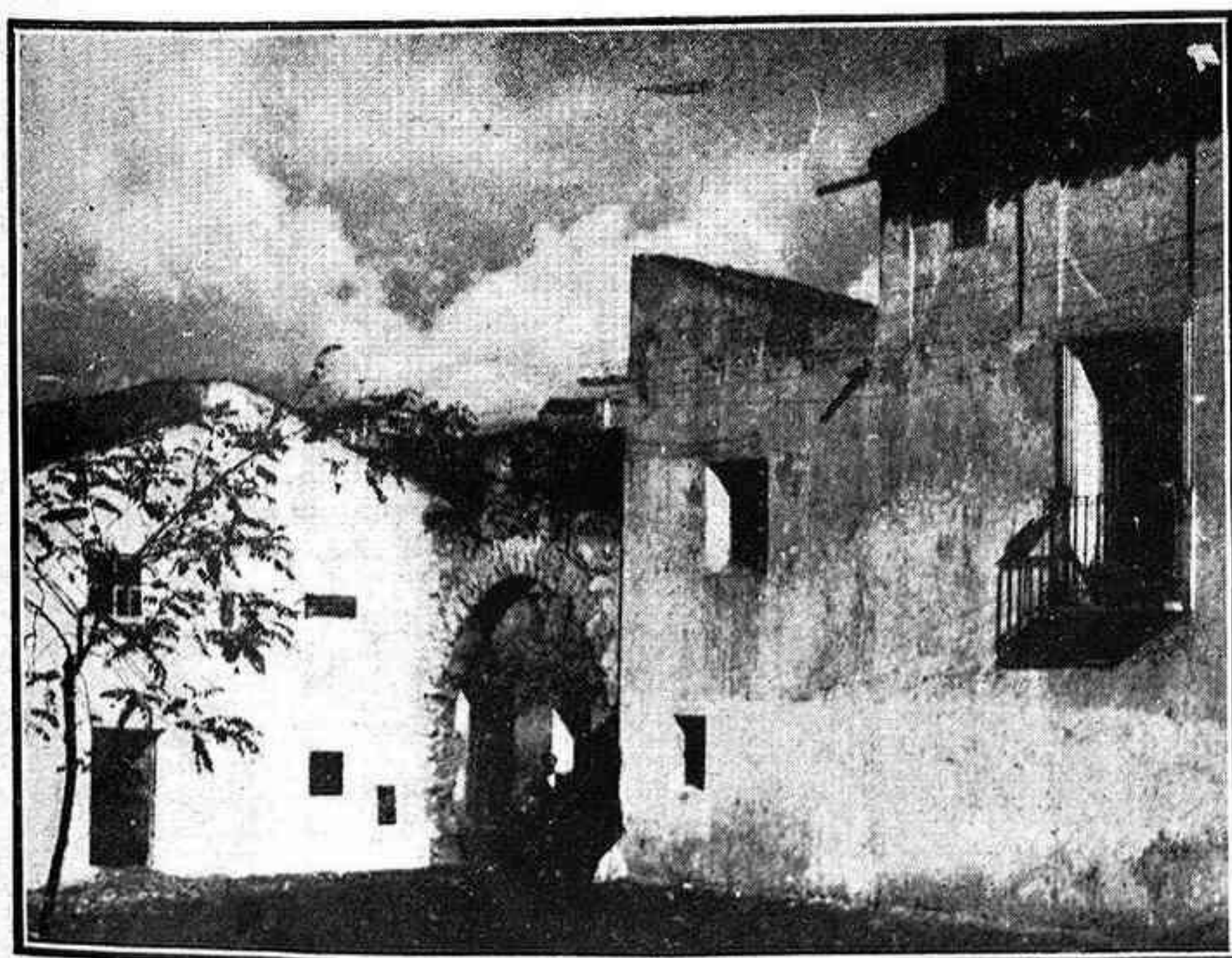
las casas, y es que queda en las casas, vivo, cuando muere el primero que lo sintió.

Corramos una tras otra estas habitaciones de la casa castellana donde paso estos últimos días de Octubre. En una se tienden dos camas blancas; en una de ellas duerme una anciana que anda de día por la casa apoyada en su cayado; en otra descansa una niña cantarina y alegre; en un rincón de esta habitación se abre una urna vitral que guarda una corona y el retrato de un niño muerto; sobre la consola, entre otros retratos, hay el mismo retrato del mismo niño; este niño muerto fué el único hijo que dió al mundo la anciana, y ya que el mundo no pudo poseerlo en cuerpo y alma, ella quiere conservarlo como recuerdo perdurable. Esta habitación severa, obscura, recuerda la habitación en la que se enterró en vida Felipe II en El Escorial; si no tiene los mismos muebles, tiene el mismo espíritu. En otra habitación, que en los primeros tiempos fué el horno donde se pastaba y cocía el pan, se guardan las tinajas colmadas de aceite; unas tinajas ventradas, de todos los tamaños. En

otra cuelgan del techo guirnaldas de uva dorada y entre los racimos penden los embutidos de mil sabores y todos sensuales y apetecibles, que da la carne del cerdo; esta habitación deja los sentidos saturados de fragancias. En otra se apila el trigo; en otra, la avena; en otra, se guardan los aperos de campo, instrumentos para arar la tierra, para trillar, para prensar la uva, para moler la aceituna, para tender la fruta; en otra se amontonan los arrosos para las caballerías: serones, enjalmas, yugos, correas, cuerdas; en otra, inmensa, reservada para altos destinos futuros, se guardan maderas y hierros que ya cumplieron su fin ó que esperan cumplirlo algún día. En otras, pequeñas, abiertas en el muro divisorio de otras más egregias, se guardan estos enseres que sirvieron prodigamente, que fueron substituídos por otros y que una relación íntima con ellos nos pide romper con ellos definitivamente: es la silla desfondada donde se sentó el abuelo en la senectud; es el arca apollada que recibió en regalo de boda la bisabuela y donde guardaba cuidadosa el mejor paño; es un marco de un cuadro que nadie sabe ya á qué varón orló; es un herraje que nadie conoce ya el uso que tuvo. Otra habitación es el comedor, alto de techo, espacioso, con un amplio ventanal. Otra es la cocina con el vasar lleno de jarras y con una amplia chimenea. Otras habitaciones son las que recogen por la noche á los moradores de la casa; entre ellas hay una, pulquérrima, que se ofrece con noble gesto de hidalgo castellano al pasajero que es acogido en la casa. En el patio hay además una abertura que hiende bajo tierra y conduce á las cuevas, y una escalera que lleva á las cuadras donde están los potros, las yuntas; donde, junto á la cuadra, en un patio tapizado de paja, campan gallos y gallinas de toda clase de plumajes y toda clase de cantos. En este patio se alza un ancho y ferrado portal. Este portal se abre al espacio sin horizonte de los campos de Castilla.

Nuestro afán estriba en poder tener una casa así en un pueblo así. Tener en la casa una rica biblioteca con algún lienzo de uno de estos artistas únicos que se han producido en España y que han immortalizado un gesto, un matiz ó un espíritu. Venir á descansar en esta casa cuando aún las responsabilidades de la vida nos obligaran á movernos en otros medios. Venir á vivir en esta casa cuando ya sobre nosotros no pesara otra responsabilidad, habiendo esculturado una buena vida, que la responsabilidad de encontrar una buena muerte: una muerte que acabara de dignificar la vida que habríamos vivido. En esta biblioteca conversar con esos hombres del pueblo que dejan en cada palabra una de esas sentencias que son substanciosas como la tierra que les sostiene y en las que se refleja todo el ímpetu de una raza que abandonó sus destinos históricos. En esta biblioteca recibir al amigo lejano, compañero de luchas pretéritas, y con él recordar los tiempos idos, comentar las lecturas dilectas y hablar de los hombres presentes á quienes habríamos entregado, siguiendo el consejo de Lucrecio, la antorcha que tuvimos en nuestras manos. En esta biblioteca, en fin, entre buenos libros y buenos afectos, entre escogidos libros y escogidos afectos, saborear los últimos y posiblemente los mejores años de nuestra vida.

MARCELINO DOMINGO

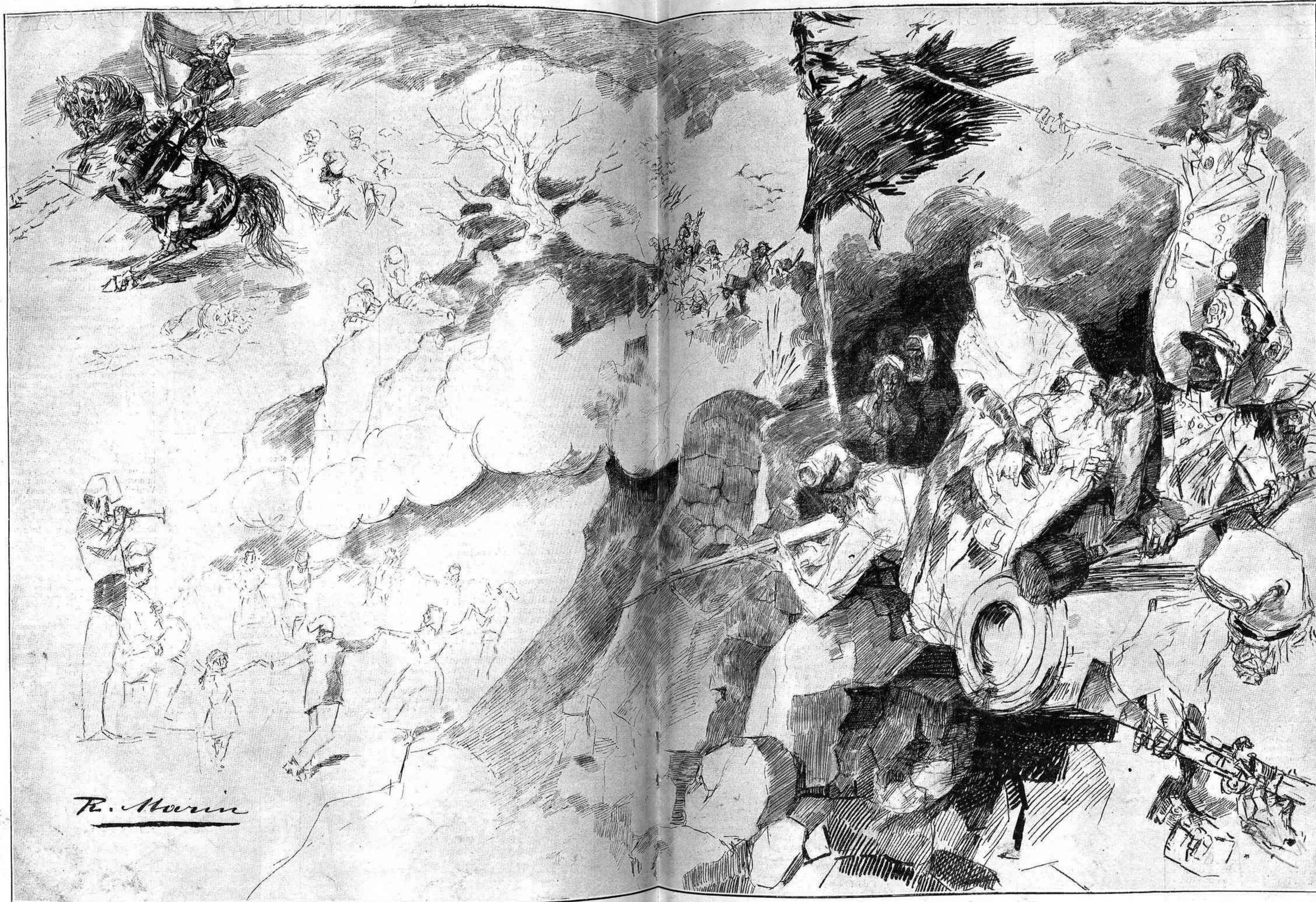


Un resto pintoresco de la muralla que cercaba el pueblo castellano y humilde



Es un bello pueblecito enclavado en el corazón de Castilla





La pluma ágil y artista de Ricardo Marín, al hacer gráficamente el historial de la "barretina", ha hecho también la historia de los momentos más gloriosos de Cataluña... En este poema de la roja "barretina" se la ve lucir en momentos de epopeya: Gerona, durante la gesta heroica de la Indepen-

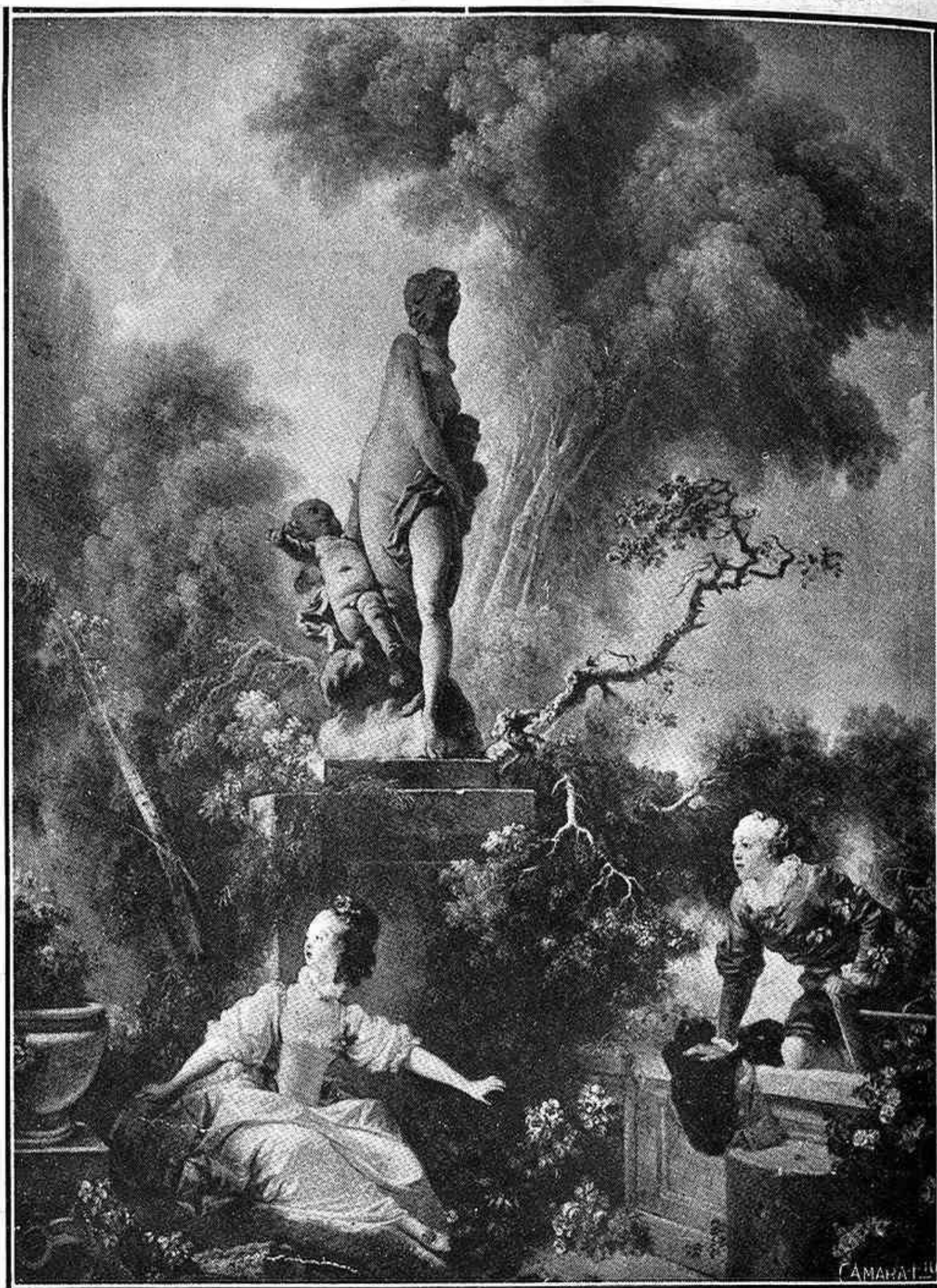
TAPICES ESPAÑOLES  
CATALUÑA Y LA "BARRETINA"

dencia, y en los desfileros del Bruch; tras la bandera de España, enarbolada con gallardía insuperable por Prim en los Castillejos, y en el fragor de las barricadas, destacando con la misma arrogancia que luego, en las tardes de fiesta, en los corros populares de la "sardana"...





"La coronación del Amor"



"La cita amorosa"

ENTRE las últimas novedades coreográficas destaca ésta, que ha obtenido en París gran éxito: la de los bailes decorativos, creados por mademoiselle Dilly Tarling.

De los ballets que más han gustado han sido aquellos en que se reproducen escenas tomadas de cuadros del gran Fragonard, el «pintor del Rey» en 1770, á quien madame Du Barry, en vivo, encargó la decoración de los saloncitos de su pabellón de Luciennes, con una serie de pinturas que podrían titularse *Una historia de amor*, y que por haber dado al protagonista de sus lienzos una breve semejanza con el soberano le fueron rehusadas.

Es curiosa la vida de Fragonard, tan original y tan graciosa como su arte y como la suerte que corrió su fama, hasta resucitar del olvido en que yació más de cien años, y resucitar con tal pujanza que hasta inspira hoy bailes que se aceptan como la más gustosa novedad.

Decía Robert de la Sizeranne que Fragonard había sido el último improvisador, y lo probaba en una síntesis del gran pintor. Desde luego improvisó su propia vida. Nada le destinaba para el arte ni aun para habitar en París. Un viaje con su padre, que quería seguir de cerca la suerte de su fortunilla, invertida en un negocio, lo empuja á París. Recorre calles y talleres, trabaja poco, husmea los Chardin, se roza con los Boucher y se improvisa pintor. En cuatro años conquista el premio de Roma, y como están de moda los lienzos de mucho aparato, se improvisa pintor de historia. Como pronto la historia le aburre, gira bruscamente del lado de las escenas de género, de las fiestas galantes—además muy de la época suya, en que la galantería es máscara del desenfreno y de toda liconcía—, y desde Wateau nada tan alado ya, tan vivo. Del mismo modo improvisa su boda, en la cual no se le ocurre pensar hasta los cuarenta años. Una joven paisana suya, del mismo pueblo de Grasse, va á pedirle consejos, y en vez de dárselos la desposa. Cuando llega la República, en la cual había pensado como en el matrimonio, se improvisa republicano. Su esposa corre á la Asamblea á deponer ante lo que se llamaba «el altar de la patria» sus alhajas, que ofrece á la nación. Y él pinta cosas tricolores, gorros frigos, atributos revolucionarios hasta en los últimos rincones de su casa del pueblo natal, que va á habitar. Pasada la Revolución y llegado el Imperio, se improvisa griego y romano, y se vuelve de día en día tan fastidioso como David. Hasta improvisa su muerte: en 1806, á los setenta y

cuatro años, se toma un helado y revienta de una congestión. Todo lo expuesto no parece haberle costado un minuto de preparación.

Pero lo que sobre todo improvisa Fragonard, el gran «Frago», como le llaman los franceses, es su pintura. Para él no existe el problema que tanto ha inquietado á los pintores de todo tiempo: el conservar la impresión del primer diseño, del primer esbozo. «Frago» lo resuelve del modo más simple: no dejándolo planteársele.

Apenas si tiene que conservar su primera impresión, porque no añade nada, porque se atiene exclusivamente á su primera impresión.

En cuanto tiene una idea de cuadro—un juego de colores, un paisaje de tonos—se precipita, no reflexiona, lanza cuanto puede sobre el lienzo. Sitúa las figuras como á empujones, dibuja al galope, modela en plena pasta, no espera para poner un tono vivo que se haya secado el precedente, ni suspira hasta que todo esté concluido, y entonces, volviendo su tela, escribe triunfalmente en el reverso: «Pintado por Fragonard en una hora». Tan curiosa como su vida es la historia de los cinco *panneaux*: *La persecución*, *La sorpresa*, *La cita*, *El amor coronado*, *Lectura*, llamados los *panneaux* de Grasse. Rechazados por Luis XV, se los llevó á su pueblo natal, los desenrolló y ornó con ellos su salón. Aún añadió otro: *El abandono*, que esbozó en obscuro y rosa. Decoró de alegorías el resto del salón y de su casa. Después abandonó Grasse y no volvió á verlos. Y allí quedaron, como enterrados, durante todo el siglo XIX. Se sabía que existían, pero Fragonard había pasado de moda, y el viaje para ver sus *panneaux* era muy largo en aquellos atrasados tiempos en que lord Brugham, pareciéndole demasiado distante Niza, creaba Cannes.

Por fin un inglés, Mr. Thomas Agnow, se decidió á visitar el panteón donde yacían los famosos lienzos, y fueron llevados á Inglaterra, en donde pararon en el salón de Prince's Gate, y sus reproducciones y fotografías han corrido el mundo.

Y ya que de fotografías hablamos, Fragonard hace con sus figuras lo mismo que los fotógrafos de hoy con sus modelos, cuando colocan una pantalla ó un lienzo blanco para enviar luz á la mejilla que se halla en la sombra, y la sombreada se esclarece con una claridad de perla subyacente. La verdad de la indumentaria le importa poco. Son bastantes raras las figuras de Fragonard vestidas exactamente como sus contemporáneas. La teoría moderna, que exige á la pintura representar solamente los trajes de su época, sale derrotada por todas



"La persecución"





"La gallina ciega", baile decorativo creado por Mlle. Dillry Tarling

aquellas figuras, donde nada es vivido y donde, no obstante, todo está vivo. No repara en anacronismo por fuerte que sea, y sólo atiende á colocar cuantos elementos hagan cantar al color, romper la monotonía y la pesadez. Llega hasta pintarralear los rostros, despeina sus modelos y les saca unos mechones de cabellos para suavizar los contornos. En toda su obra el color es más que la línea; las sombras son muy vivos colores á menudo muy crudos. En él se ve lo que llaman hoy impresionismo.

Fragonard fué el primer impresionista. Pero sin sistema, sin exclusivismos, sin nada preconcebido. Lo hacía con toda gracia. Va, viene, en una completa libertad. Cambia su manera día por día, á compás de un capricho, de una admiración, de una observación, sin esperar, sin recobrase, sin reflexionar. Los perfumistas de Grasse distinguen dos clases de flores: las que condensan su perfume antes de comenzar á evaporarlo y las que lo producen de minuto en minuto, á medida que lo lanzan; las

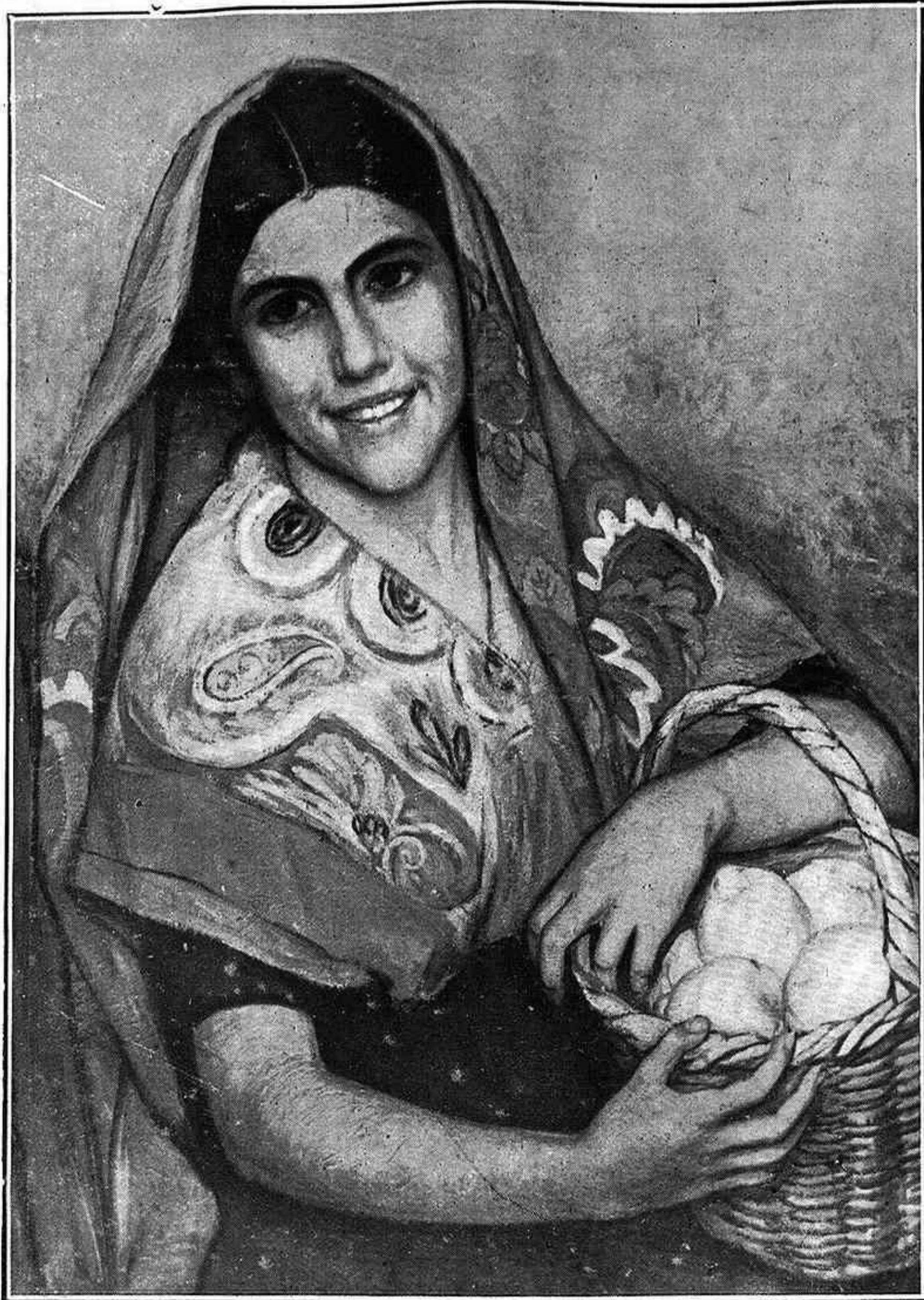
que improvisan su aroma... De éstas fué Fragonard. Le faltaba una improvisación póstuma, y ya la tiene: el haber inspirado esas danzas cortesanas, galantes, finas, aristocráticas, que tanto encanto producen á los espíritus refinados, y en los que toda la vida de las figuras del gran pintor se destaca, eso sí, no con más vigor, ni animación ni gracia que en los lienzos olvidados más de un siglo...

EL MARQUES DE CARABAS

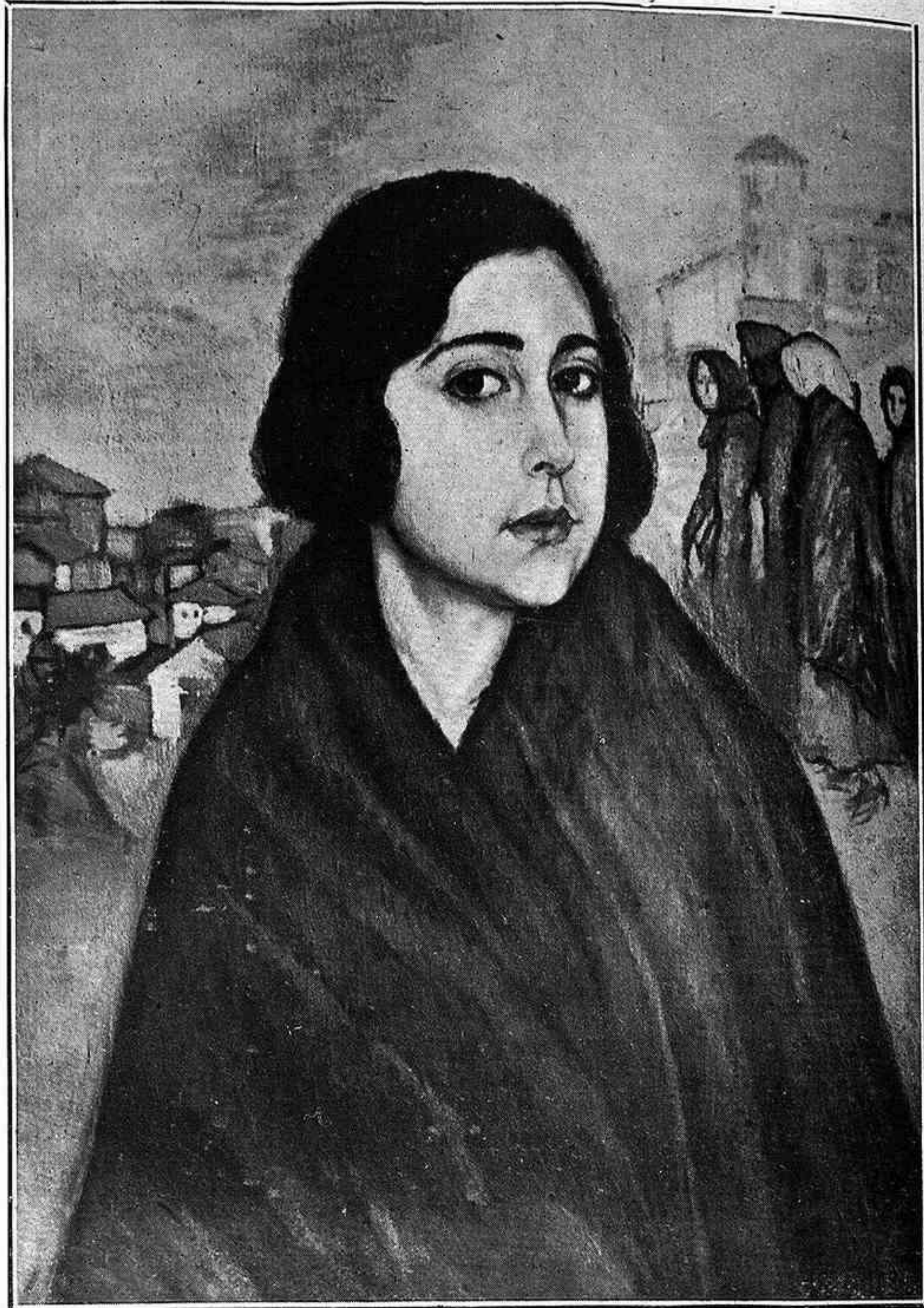


"Figura moderna", baile decorativo creado por Mlle. Dillry Tarling





"Muchacha de Godella"



"Madrileña"

No puede acusarse a José Pinazo de impaciencia exhibicionista. No es, ciertamente, de los pintores que cada seis meses procuran atraer la atención ajena hacia sus obras creadas sin el fecundo sosiego que las hace perdurables, ni contempladas antes por el propio artista con esa perspectiva de tiempo que le consiente ser su propio crítico.

Desde 1918 José Pinazo permanece alejado de la vida artística española. Hace siete años expuso en el Salón del Círculo de Bellas Artes un conjunto afirmativo de la inquietud renovadora, de la insatisfacción espiritual, del optimismo noble y delicado que son sus mejores dotes. Luego advienen las exhibiciones en América, sus ecoicos triunfos en Nueva York y en La Habana, que añaden a la constelación visible de artistas españoles incorporados ya a la universalidad admirativa un fulgor nuevo. En alguna Exposición Nacional también hay ocasión de ver uno ó dos lienzos más, siempre orientado hacia la depuración sensible de las gamas y con una amable persistencia en los temas de sonriente feminidad. Finalmente, ni eso. José Pinazo, reintegrado a España, se aísla plenamente, se entrega a la recoleta calma de su estudio de Godella, el pueblo valenciano donde vivió y murió su padre, el maestro Pinazo Camarlench.

Incluso cuando la Manifestación de Arte Valenciano, el año 1923 en el Palacete del Retiro, hubimos de lamentar su ausencia por cómo José Pinazo significa una personalidad bien admirable en la moderna pintura levantina.

Su larga estada en Godella iba a serle propicia. Recobraría el ritmo interrumpido de las sugerencias

plásticas, de las emotivas inspiraciones. Todo en torno suyo—en el hogar henchido de ejemplares remembranzas familiares, en la vida libre y los espacios libres del otro lado del jardincito romántico y del estudio donde la vida y la obra de Pinazo Camarlench se extinguían dulcemente—le colma-

ría de ansiedad creadora. Sin perder el contacto espiritual con los esfuerzos ajenos, más allá del límite que a sí mismo se había señalado, el artista obedecería al influjo exclusivo de los temas gratos de siempre—y para siempre—; a su capacidad factual cada día más experta y segura, a su inquietud sensorial y sensual cada vez más elevadas de propósito y de finalidad.

Acaso el artista se daba cuenta de cómo su madurez plenaria tenía el deber de ahondar en sí misma, de no ocultarse a sí misma un solo aspecto que pudiera desvirtuarla. Y sólo en esa situación de aislamiento, de calma fructífera, podía el artista sentirse en condiciones de conseguir la claridad analítica y el convencimiento visual.

Pero sin perder aquella íntima, aquella perdurable cualidad de la inquietud, el deseo de ser en todo momento el superador de los logros pretéritos, el disconforme con los hallazgos elogiados por los demás y en los otros. Este acuciador ímpetu de mirar antes al sendero recién abierto que a la plazoleta donde reposara la jornada última, es lo que siempre le conservará coetáneo de los que van revelándose y rebelándose.

•••••

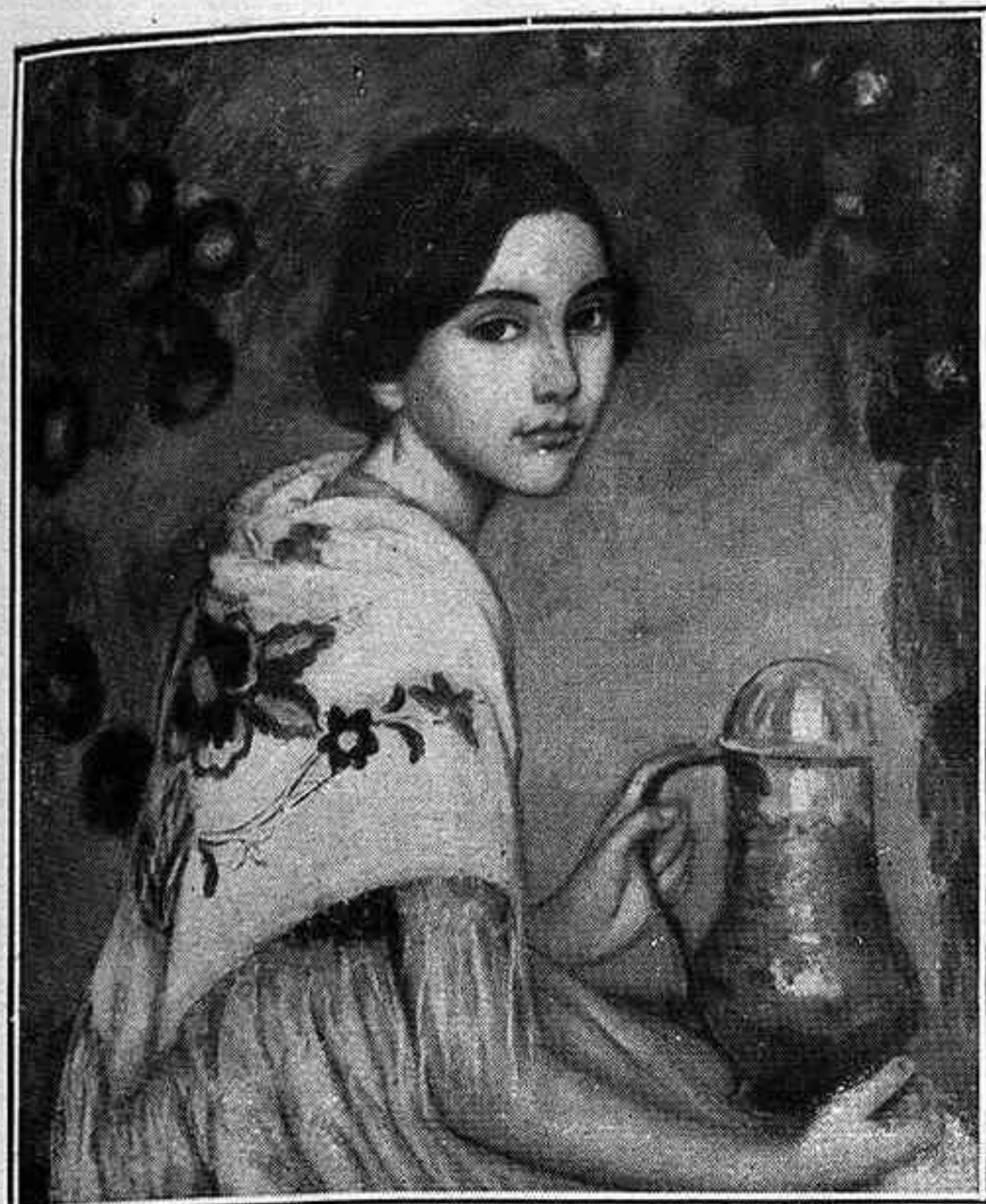
La Exposición que José Pinazo presenta ahora en el Museo de Arte Moderno es el fruto de los tres ó cuatro años de recoleta labor en Godella, con más alguno que otro cuadro ya pintado en Madrid a su retorno.

Ante todo conviene repetir su significación personal, el acento inconfundible que vino a fijar en la pintura de su época y en los motivos tradicionales—y olvidados—de su región. Pinazo es acaso



"La Encarna"





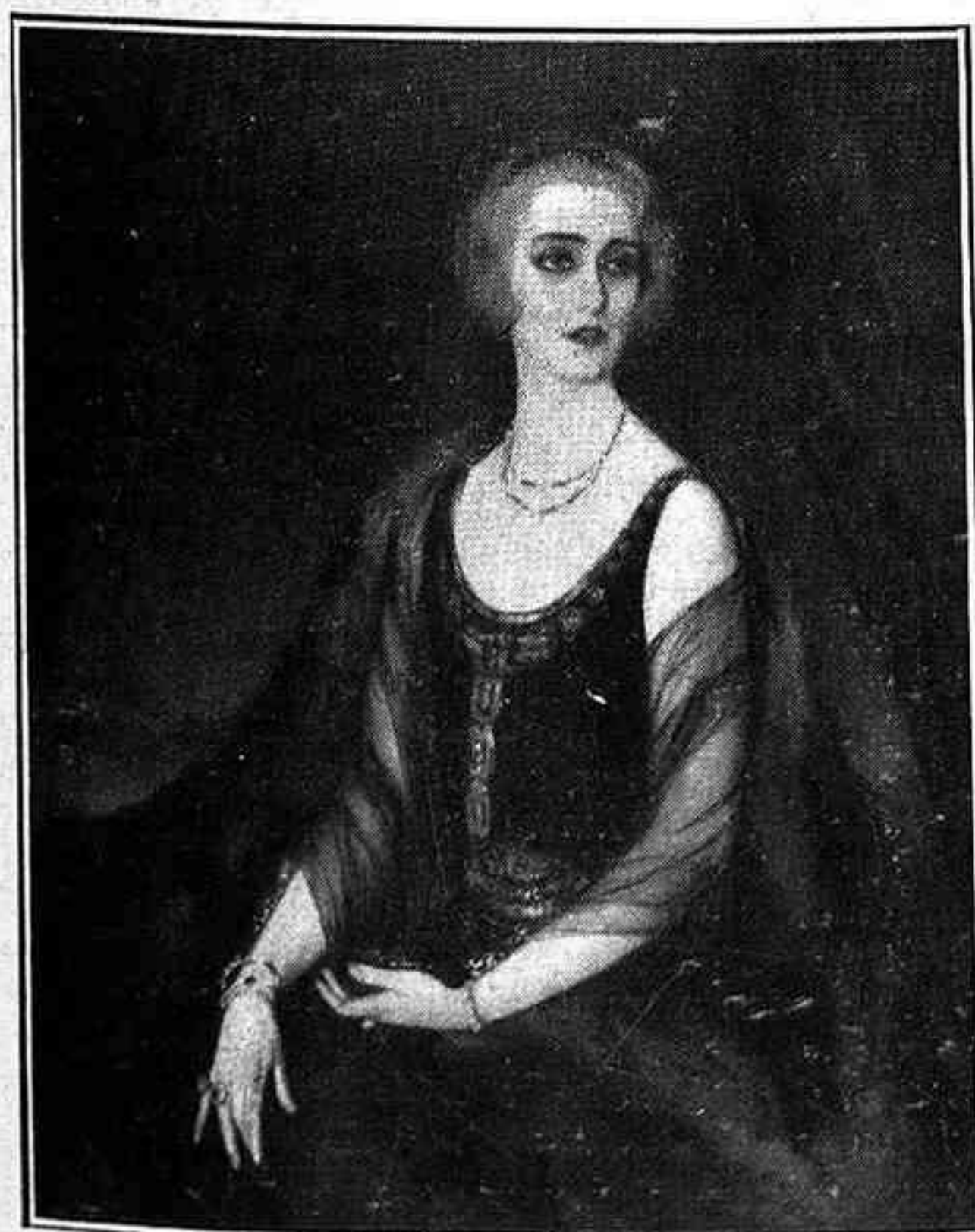
"María Luisa"

entre los maestros jóvenes valencianos que alcanzan con la madurez física la consagración pública, el que nada debe al sorollismo y el que no puede ser jamás confundido con los sucedáneos de la lumbrada sorollista.

No se dice como reproche, sino como un hecho concreto. A su tiempo se elogió lo que de elogiado tiene el sorollismo, y siempre que lo hallemos tendremos para él los comentarios favorables que se merece. Pero José Pinazo está al margen de él; no ha necesitado someterse á él para dotar de valencianismo á su arte, para ser como es el glosador y el madrigalista de los temas valencianos con una



"El pastorcito"



"Señora de Salas"

noble gracia de buen gusto y de señorial distinción.

Diremos incluso que la valencianía tan bollamente acusada en sus cuadros no está sólo en los indumentos, en las evocaciones anecdóticas ó en los accesorios y los fondos. Sin cadmios ni ultramáres, con grises de la paleta paterna—; grises de la verdadera luz valenciana!—, con áureas transparencias, con rojos patricios de su paleta propia, no menos sugeridos por la tierra nativa y sus costumbres de ancestral pompa pagana, Pinazo se acentúa como un pintor del Sur y del Mediterráneo; como un levantino de refinadas aspiraciones.

En seguida conviene añadir la deleitosa obsesión de feminidad que embriaga toda su obra. Feminidad también elevada, encaldecida de idealismo como por la luz de los ortos. Feminidad que aleja la idea de hembras de placer ó de simples colaboradoras en el tributo á la especie. Las mujeres de Pinazo son como la pintura con que se las exalta: una gracia rítmica, sonriente, feliz. Los trajes antiguos pierden su histórico empaque al ser vestidos por ellas. Los frutos, las flores, las aves de que el artista las rodea adquieren un carácter de ofrendas votivas no ante una imagen cristiana, sino ante una diosa de las remotas y claras teogonías.

Son gallardísimas estrofas, limpias de bajuna concupiscencia cerebral, de ese largo y apasionado poema galante que va componiendo José Pinazo al margen de las otras directrices ideológicas ó cromáticas de sus coterráneos.

Por último, las «naturalezas silenciosas», los bodegones, lo que convendría llamar «pintura de cámara» porque es algo que responde á la delectación intelectual y al virtuosismo técnico que hay en la «música de cámara».

Aquí es también donde José Pinazo se complace en dejar libre su fantasía y en agotar su experiencia de gran pintor.

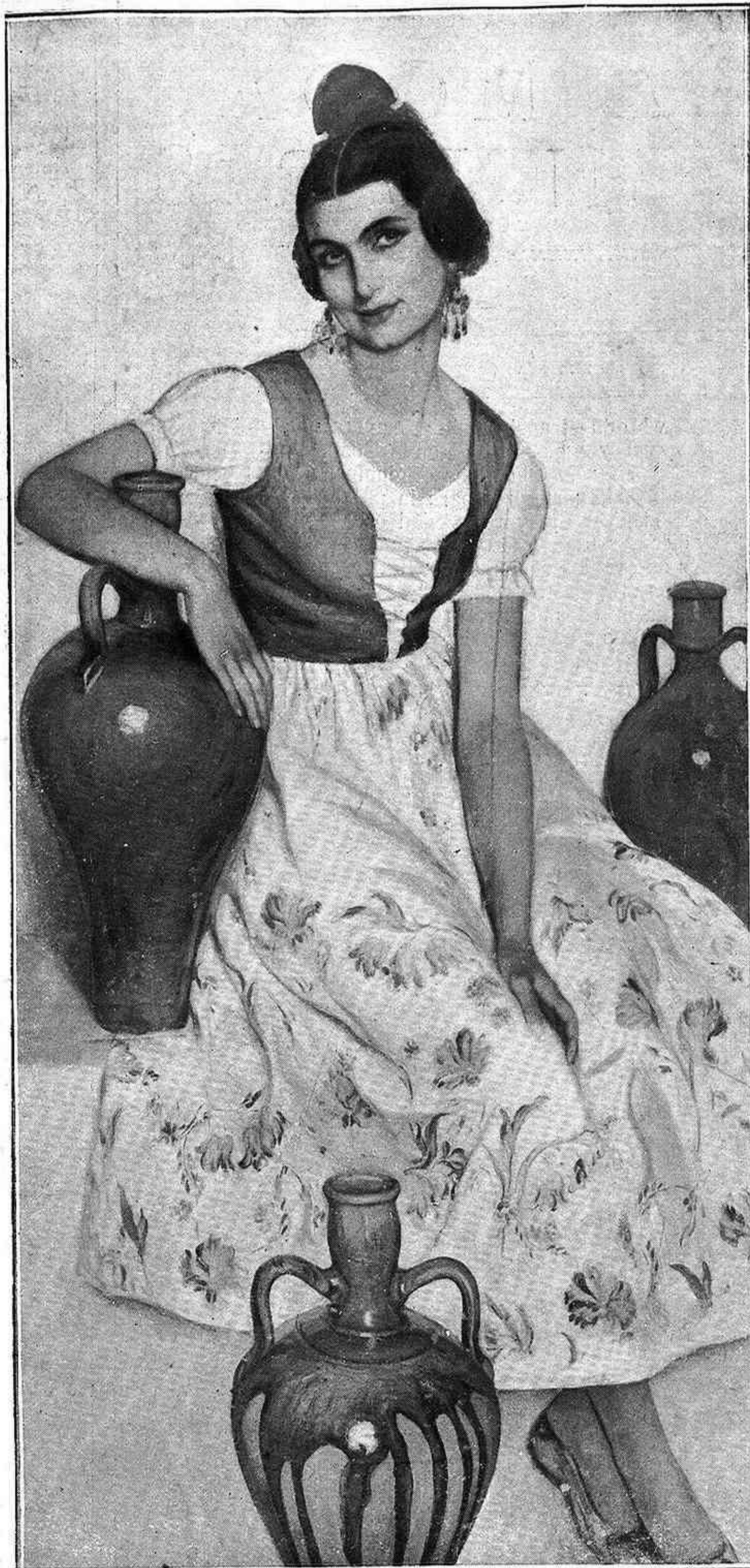
Lo de menos—á primera vista, pues se comprende, conforme profundizamos en ello, cómo también aquí están el constructor y el sensitivo—son las formas agrupadas ni la calidad ó empleo usual de los objetos reunidos para una sinfonía armónica ó una hábil asociación de valores contrarios. Puede no importar que sean barroquismos de frutos ubérrimos, fayenzas, orfebrerías y telas ricas ó humildísimos aperos y cacharros de modesta utilidad. Lo que hace á estos lienzos de importante significación en la obra total de Pinazo es su profunda espiritualidad y su magnificencia de expresión pictórica.

Ello es de tal modo elocuente que en cuadros como *Alehuja*, de una cabal concepción y de un bello resultado, donde encontramos definidas todas las características de José Pinazo, trozos como las calabazas del techo, como el altarcito ingenuamente improvisado ante la puerta de la troglodítica mansión—tan típica en la parte de Burjasot y Godella—se destacan cuales notas maestras. ¡Qué delicadísimos, qué sutilísimos matices, qué calidades de un gran colorista experto en finuras de grises y de opalinas transparencias encontramos ahí!

Y en los bodegones como el de las cazuelas, pucheros, la alcuza y el farol en el alféizar de una ventana, el artista consigue una poderosa sensación dramática, una sobriedad expresiva, el verdadero valor de un cuadro de los que se llamaban «de género», en el siglo pasado, con los objetos inertes y desdenados por su cotidianismo...

Conviene insistir sobre esto. José Pinazo prolonga en las naturalezas silenciosas, en los floreros y bodegones, en esa parte para nosotros dilecta de su pintura la nueva afirmación de su arte. La fragancia y el sentimiento de canción popular en que se empapa y se acuna gustosamente.

Diríanse estampas de ingenua inspiración y sencilla técnica, coplas de sano holgorio ó de nostal-



"Valenciana"  
(Cuadros de José Pinazo)

gia erótica sin complicaciones decadentes, sus cuadros.

Una visión alegre y noble de la vida. Sentimientos primarios elevados hacia la inteligencia sin perder su frescura, su ternura ingénitas.

Porque no daña el prurito de distinción intelectual y cromática que anima el ansia evolutiva de José Pinazo en el sentido de reflejar una valencianía á la manera de los bucolismos alimbarados del XVIII francés. Debe advertirse para evitar el frívolo error y la ligereza de juicio.

La visión optimista que tiene Pinazo de las gentes, los indumentos y las costumbres de Valencia no le alfeñica el pensamiento, ni su constante exaltación de la mujer le afemina el trazo. He aquí dos ejemplos de recia virilidad en los que el artista acusa la vigorosa energía del pintor: el mancebo de *El cuento del limonero*; el viejo huertano *Tío Cono*.

La elástica silueta del muchacho, su rostro ce-trino de animalejo inteligente, de pasional temible para el amor de las amadas y el ocio de los rivales, es un bello documento humano.

En cuanto al *Tío Cono*, pocas figuras de la moderna pintura española han sido recogidas en el lienzo con esa honda reciedumbre de casta y de arte. Ese perfil de nieto de romanos diríase además que acuña la valencianía de toda la Exposición con su línea clásica, medallable, nacida de la íntegra pureza de la raza: de la entraña inagotable del pueblo.

José FRANCES



# LA MODA EN PARIS

## EN LA COSTA AZUL

La Moda—transición de primavera, con anticipos veraniegos—está ya en la Costa Azul.

Hay en ella notas originales, inesperadas, que permiten augurar para la próxima temporada de las playas mayor novedad que la muy escasa y discutible mostrada en los cambios más aparentes que reales en la indumentaria femenina durante los últimos tiempos.

Una de esas notas de renovación está constituida por los modelos que parecen *tailleurs* sin serlo

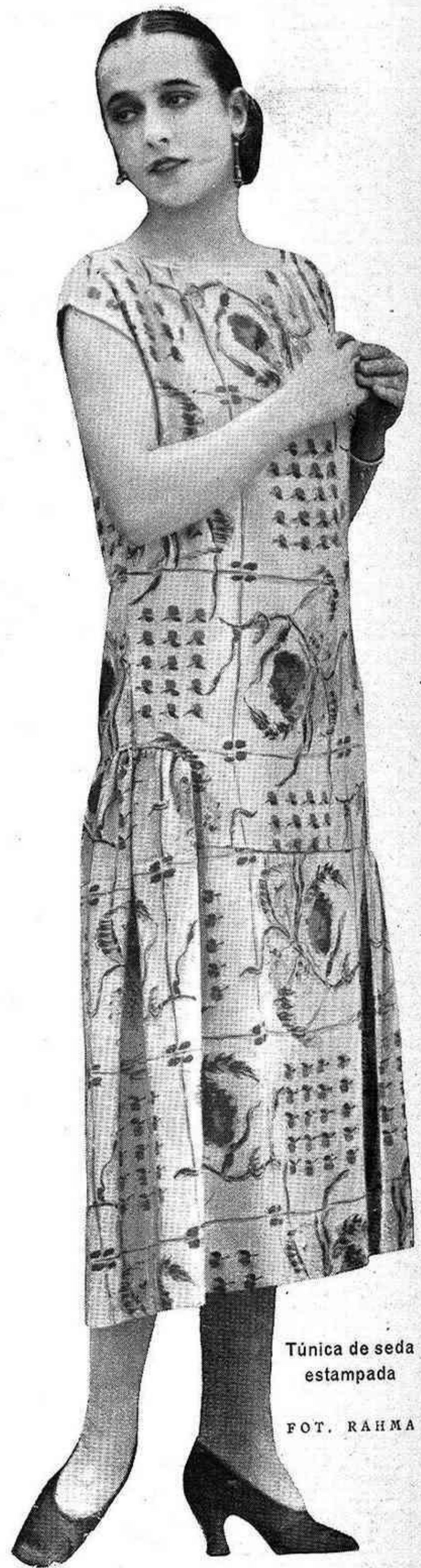


Modelo de crespón de raso negro. Delantero y forro de crespón de China blanco. Hebilla de marfil en la cintura simulada

FOT. RAHMA



Los últimos caprichos de la moda; pequeñeces que, sumadas, producen un resultado: el "grand chic"



Túnica de seda estampada

FOT. RAHMA

y en los que la falda, visible sólo en el bajo, queda cubierta por el *paletot* recto y cruzado, guarnecido con forro de *foulard* fantasía, idéntico al de la túnica que bajo el *paletot* completa el conjunto.

Se lleva mucho blanco, especialmente en el tejido de moda, la *kasha* exótica; y sobre ese blanco, á manera de guarnición, mucho escocés.

También es frecuente la combinación inversa: vestido entero de escocés y levita ó *paletot* blanco, guarnecidos con escocés.

Para los vestidos de noche, los matices malva y orquídea son favoritos, y como elementos decorativos predominan los frunces, muy estrechos, y los bordados de perlas blancas y verde-agua. Con los modelos de raso blanco se ven muchas guarniciones de perlas, blancas también, formando volantes. Y en unos y en otros se observa la particularidad del escote, redondo y alto sobre el pecho, y muy bajo y terminando en punta sobre la espalda.

Para la calle y para la playa, el *tailleur* ha de triunfar en toda la línea, según parece, y ha de ser muy masculino... Una falda recta; una blusa *chemisier*, perfecta imitación de una camisa de hombre; una levita que, vista por detrás, hace pensar en la de un pastor protestante y que sólo se feminiza un poco merced al ligero escote sobre el pecho; un sombrero-casco, sin paramentos, de fieltro liso, de ala vuelta y estrecha... ¿Es esto elegancia de mujer?... Lo es, ó, mejor dicho, lo será este verano, por obra y desgracia de la Moda...



La única ventaja de tal indumentaria es la de no permitir reconocer en el hotel, ni en el paseo, ni en lugar alguno durante el resto del día, á las mujeres que causaron sensación por la mañana, al entrar en el mar y al salir de él, moldeadas por la académica revelación del maillot.

### LAS TÚNICAS

Podría decirse de ellas que son vitalicias, como ciertos cargos y dignidades... En efecto, la túnica—velo de oro fulgurante ó de plata lunar, constelado con la policromía fastuosa de las perlas irisadas, de los azabaches sombríos, de las luminosas cuentas de cristal—reaparece en todos los cambios y evoluciones de la Moda, como si fuera el retorno, el tema fundamental de esta sinfonía de los caprichos.

En los vestidos de mañana, en los de tarde, en los de noche, y aun en los clásicos *tailleurs*, la túnica se impone con su rigidez un poco sacerdotal, con su amorfa traza de hábito, en contraste violento con la riqueza cada día mayor de los paramentos.

Orlas de piel; galones; cintas que serpentean, atravesando el tejido de parte á parte; botones ornamentales; incrustaciones de otros tejidos; bordados complejos; flecos de chal español ó de mantón de la China: todo esto se ve en las túnicas de hoy, que son las de ayer, y que, muy probablemente, serán también las de mañana.



Quizá la Moda reserve sus mayores audacias para el capítulo de los sombreros. Domina en ellos tendencia

marcial: son cascos de todos estilos, desde el legendario de las valquirias hasta la moderna "bourguignotte"

### LOS COLLARES

Son generalmente de perlas falsas y de piedras de color. Se han perdido, en estos últimos meses, tantas perlas finas inexplicablemente olvidadas por sus dueñas en un *taxi*, en el coche particular, sobre la mesa de noche de una alcoba ó en el bolsillo de un amigo, que ya las mujeres poco aficionadas á dar que hablar no quieren lucir sus collares auténticos, por si los pierden de verdad, y la desgraciada ocurrencia hace sonreír á los maliciosos y á los incrédulos.

Pero la gran novedad de estos collares baratos y vistosos no está en ellos mismos, sino en la manera de llevarlos. Porque si hasta ahora el collar se destinó al cuello, de ahora en adelante los collares pueden utilizarse rodeando la cintura, ó arrollados á un brazo...

¿De qué son tales collares?... De lo que ustedes quieran... De cuentas de madera, de cristal, de jade, de ópalos, de topacios, de marcasitas, de ónices, de amatistas, de piedras del Ural, de piedras del Brasil, de piedras del arroyo... Lo mismo da... El exotismo y la originalidad son todo en esta moda...

Y en este mismo orden de ideas —llamémoslas así—, los *pendentifs* ofrecen semejante variedad, con sus placas de carey, de esmalte, de jade esculpido; con sus borlones de perlas de nácar teñido, con sus fantásticos *cabochons* de piedras que en otra época las mujeres sólo se hubieran atrevido á lucir en Carnaval...



# LA PLAZA DE DOÑA ELVIRA



El silencio y la soledad dan á esta bella Plaza sevillana un tono que parece de encantamiento

NINGÚN otro lugar de Sevilla tan lleno de serenidad y de reposo, tan henchido de poesía y tan atesorado de silencio y de soledad como este apacible y quedo y recóndito rincón de la Plaza de Doña Elvira.

Ocupa una breve extensión del típico y embrujado barrio de Santa Cruz, en donde parece que se ha recogido toda el alma de la Sevilla legendaria y emocional, en extática contemplación del cielo purísimo que la corona.

Fué en lo antiguo parte del solar en que estuvo enclavado el Corral de Doña Elvira, primitiva escena del teatro español, porque fué en él donde el esclavizado Lope de Rueda representó y dió á conocer *Los pasos*, hijos de su maravilloso ingenio.

Y más tarde, hasta nuestros días, la callada placita donde la luz del sol reverbera como en cristales y la plata de la luna reluce como un suave destello sobre sedas y rasos.

No ha mucho, entre las peladas y relucientes piedras de su pavimento, crecía la fresca hierbezueta, preguntando el escaso transitar de los vecinos.

Después se la ha engalanado con una fuente de mármol y se la ha rodeado de asientos con azulejos brilladores, entre arriates donde crecen los naranjos y se entrelazan las espuelas de galán.

A ella afluyen, como si á un remanso corriesen unos breves arroyos, las calles de la Vida, de la Susona, de la gloria y de Rodrigo Caro, calles tan estrechas como que las enredaderas de campanillas azules y los jazmineros que nacen en los tientos de un balcón se entrelazan en

los hierros de la casa frontera, componiendo como un sutil palio que cubre todo el vano de la calleja.

No habrá que decir que por estas rutas no pueden transitar más que las personas, haciéndose imposible el paso á toda clase de vehículos.

Esta circunstancia hace que la Plaza de Doña Elvira esté alejada de molestos y desconcertados ruidos, no escuchándose en ella otros rumores que los de los surtidores de las fuentes que embellecen y poetizan los patios misteriosos de sus ca-

sas, ni otras músicas que las de algún cantar concertado con los acordes de una guitarra quejumbrosa.

El silencio y la soledad, que son en las más apacibles horas sus notas más características, dan á esta Plaza un tono que parece de encantamiento.

También se le asemeja al de una clausura de monjas que renunciaran al trato de las gentes para sólo gozar de la presencia de esta maravillosa luz y de la delicia de este reposo embriagador que es como un bálsamo para los sentidos.

Remanso y dulzura para el alma son este lugar de apartamiento y esta caricia del más aromado y tibio ambiente, como no habrá otro remanso ni otro dulzor.

Entre estas blancas casas, tan sevillanas por su estilo, todo armonía y sencillez, ¡con qué suave aleteo vuelan los pensamientos hacia los reinos de la Gracia y del Amor!...

¡Y cómo sólo parecen despertar nuestros sentidos cuando llegan á llenar el cercado recinto, en desbordadas ondas sonoras, las clarísimas voces de las campanas de la Giralda, que ya resuenan como un vibrante toque de clarín, ya como un poderoso eco de tormenta amenazadora!

Deshechas las notas y quebrados los sonidos de las altas campanas, otra vez vuelve el silencio á su reino, que es esta Plaza, sagrario de la exaltada emoción.

Y otra vez vuelven nuestros corazones á sus deliciosas quietudes, como dormidos en el embeleso de un Amor que está ungido con óleos confortadores.



Toda el alma de la ciudad parece recogida en este rinconcillo del barrio de Santa Cruz

J. MUÑOZ SAN ROMAN





¡Acudid á presenciar el maravilloso espectáculo de la Semana Santa en Sevilla y su incomparable Feria, del 18 al 21 de Abril!



# LOS REGIOS DESTERRADOS DE LEQUEITIO



La Emperatriz Zita de Borbón y de Parma, viuda del Emperador Carlos de Habsburgo

nerosamente por nuestro Soberano á los regios desterrados, hacen en Lequeitio una vida en extremo retirada y sencilla. Ni las agitaciones de la política ni nada que se asemeje al complicado protocolo de las Cortes. Es la existencia simple y metódica de un modesto hogar burgués, y nada recordaría dentro de aquellos muros los pasados esplendores imperiales, de no rodear á los augustos personajes algunos antiguos amigos fieles, tres ó cuatro gentileshombres y damas de honor que prestan servicios, más que palatinos, de asistencia personal á los augustos niños y á su infortunada madre. Constituyen la reducida *suite* imperial el conde de Westfalen; el de Degenfeld, preceptor del Emperador Otón; la condesa G., dama de la Emperatriz viuda, y el religioso benedictino P. Jako Blazevitch, profesor de Historia y de idiomas de los regios vástagos.

La Emperatriz se había negado hasta ahora de una manera terminante á toda *interview* y á todo reportaje fotográfico. Pero hace pocos días creyó, sin embargo, poder hacer una excepción en obsequio de un periodista inglés, Mr. Bert Garai, que ya había sido recibido por la familia Real española, y que sólo solicitaba, en nombre de la *Keystone view Company*, la merced de impresionar unas cuantas placas y de pasar unas horas de intimidad con los augustos niños.

Estos, según ha podido observar Mr. Bert Garai, son educados con verdadera severidad y con celo constante. Exceptuando á los dos más pequeños, las archiduquesas Carlota é Isabel, de cuatro y dos años y medio, respectivamente, que aún permanecen en la *nursery*, los seis mayores se hallan sometidos á una disciplina muy estrecha. Se levantan á las siete de la mañana en todo tiempo, oyen misa, almuerzan, hacen un poco de equitación, trabajan y juegan con arreglo á un horario riguroso, bajo la dirección del conde Degenfeld, del religioso benedictino y de la institutriz miss Biegel, hija del profesor vienés del mismo nombre.

Al obscurecer, los niños pasan una hora con su augusta madre, y á las ocho en punto se recogen, luego de rezar sus oraciones en familia. Jueves y domingos tienen vacación y pueden dedicarse libremente á sus juegos, entre los que ocupa primer lugar el *mah-jonh*. El Emperador, ó mejor, el rey de Hungría, Otón, que tal es el título que lleva oficialmente, es en extremo taciturno y reservado. Más que un niño de doce años da la impresión de



El Emperador Carlos de Habsburgo, fallecido en Funchal (Madera) el 1.º de Abril de 1922

un hombre grave. Está perfectamente convencido de que algún día subirá al trono de sus mayores, y, por lo tanto, sólo piensa en adquirir la preparación necesaria. Forman ahora la principal base de sus estudios la Historia, en particular la de Austria-Hungría, y los idiomas extranjeros. Además del alemán y el húngaro, habla ya con bastante facilidad las lenguas francesa, inglesa, española y croata.

Tal es la vida sencillísima que llevan los regios desterrados de Lequeitio, donde ha venido á refugiarse una dinastía, dueña de un doble imperio y en la que sobrevive una dulce esperanza, compartida por la nobleza húngara y por cuantos aman la institución monárquica.

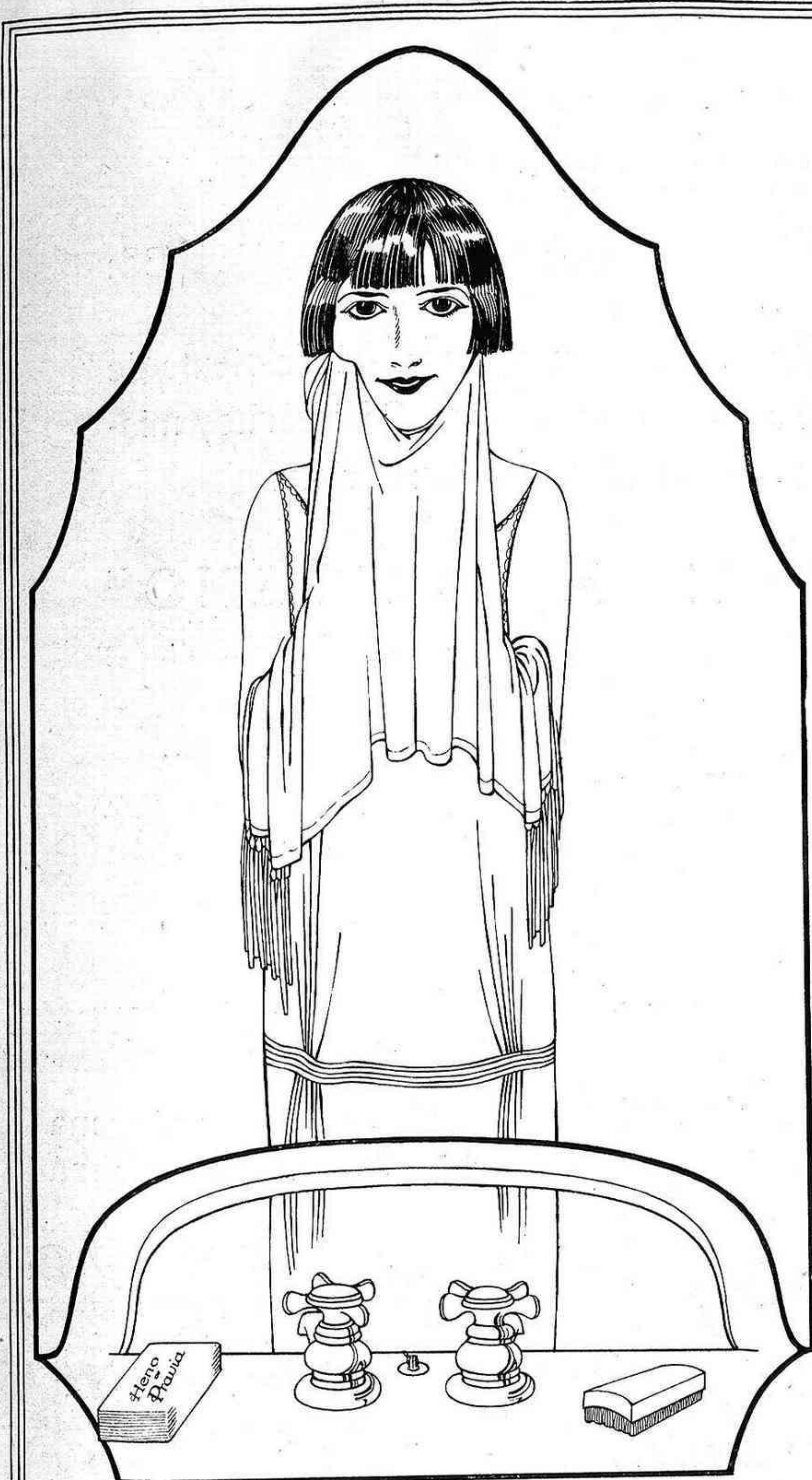
D. READER

EN el doloroso drama de la postguerra hay pocos episodios tan emocionantes como el ostracismo á que por adversidades del Destino fué condonada la familia imperial de Austria-Hungría. Primero en la isla de Modora, donde hubo de lanzar su último suspiro el destronado Carlos de Habsburgo, y desde hace dos años en la hospitalaria villa guipuzcoana de Lequeitio, esa augusta familia ve deslizarse lentamente, interminablemente, las horas de su desgracia, que hacen aún más sombrías la ausencia sin retorno del caballeroso y virtuosísimo Monarca, del ejemplar esposo y padre de familia prematuramente arrebatado á los suyos por traidora dolencia. La Emperatriz Zita y sus ocho hijos, el último de los cuales hubo de nacer en el Palacio Real de El Pardo, ofrecido go-



Los hijos de los ex Soberanos de Austria Hungría: Otón, heredero de la Corona; la archiduquesa Adelaida, los archiduques Roberto, Félix. Carlos Luis y Rodolfo, y las archiduquesas Carlota é Isabel Carlota, esta última nacida en El Pardo en 1921





## La finura del cutis

suele depender principalmente de la constanciã en el uso de un jabón de tocador absolutamente puro, de espuma abundante y suave.

Estas cualidades, a más de su intenso e inconfundible perfume, son las del Jabón Heno de Pravia.

Úselo. Verá Ud. qué deliciosa frescura, suavidad y fragancia deja sobre la piel. Por su pasta compacta se puede aprovechar hasta la lengüeta final de la pastilla. Compre hoy mismo una en la primera perfumería o droguería que encuentre. Comprar Jabón Heno de Pravia equivale a comprar salud, belleza y lozanía para el cutis.



# Jabón Heno de Pravia

Pastilla, 1,50 en toda España.

El impuesto del Timbre a cargo del comprador.

PERFUMERÍA GAL. - MADRID



REPRESENTANTES

IMPORTADORES

COMERCIANTES:

¿Queréis ampliar vuestros negocios y estar siempre al corriente de las últimas creaciones de la industria norteamericana? Pidan hoy mismo un ejemplar de muestra de la hermosa revista

**“EL EXPORTADOR AMERICANO”**

á los agentes en España.

MADRID  
Gran Via, 13  
Apartado 911

**“PUBLICITAS”**

BARCELONA  
Ronda de San Pedro, 11, pral.  
Apartado 228



**LAS ARRUGAS  
DESAPARECERAN  
DURANTE LA  
NOCHE**

Las arrugas y las patas de gallo son debidas á la acumulación de películas de piel muerta que ocultan la epidermis verdadera, obstruyendo los poros y marcando la cara de esas líneas más ó menos profundas y otros defectos de la piel que son el origen de tantas congostas para las mujeres que se ven envejecer prematuramente. No hay más que quitarse estas pequeñas escamas imperceptibles y las arrugas desaparecerán mientras el verdadero cutis se revelará con todo su delicado frescor. Este «tratamiento de noche» es muy sencillo y muy fácil de seguir. Antes de acostarse, hay que lavarse la cara con agua caliente, luego se seca suavemente haciendo un ligero masaje con Cera Aseptine. Esto permite la absorción de la capa de piel muerta, la cual se desprenderá sin dolor cuando á la mañana siguiente se pasa por la cara una tela suave. Seguid este tratamiento durante una semana y quedaréis encantadas de los resultados obtenidos. Adquirid Cera Aseptine, que se halla de venta en todas las perfumerías, y quedaréis así libres de arrugas, patas de gallo, etc., etc.

**TUBO DE PRUEBA:** Para apreciar usted misma el valor de la Cera Aseptine, basta mandar 50 céntimos en sellos de correo, y una muestra abundante le será enviada. Sírvase escribir á nuestros agentes para España, Laboratorios V I Ñ A S, Departamento 621, Claris, 71, Barcelona.

CAMISERÍA  
ENCAJES  
BORDADOS  
ROPA BLANCA  
EQUIPOS para NOVIA

**ROLDÁN**

FUENCARRAL, 85  
TELÉFONO 35-80 M.

MADRID

**AGENCIA  
GRAFICA**

REPORTAJE GRÁFICO  
DE  
ACTUALIDAD MUNDIAL

Servicio para toda clase  
de periódicos y revistas  
de España y Extranjero

Pida condiciones

á  
**AGENCIA GRÁFICA**

Apartado 571  
MADRID

En la segunda quincena  
de Marzo aparecerá

**Los cuervos**  
**sobre el amor**

Amenísima y emocionante  
novela, escrita por

**«EL CABALLERO AUDAZ»**

PEDIDOS:

«RENACIMIENTO». — Preciados, 46, Madrid

ARTICULOS DE **JULIO BURELL**

**Homenaje de la Asociación de la Prensa**

*Prólogo de José Francos Rodriguez*

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

**CINCO PESETAS**





Agentes exclusivos de esta publicación en la ISLA DE CUBA:

**"LA MODERNA POESÍA"**

Pi y Margall, 135-139  
HABANA

Dr. Bengué, 16, Rue Ballu, Paris.



Lea usted los miércoles

**Mundo**

**Gráfico**

30 cts. en toda España



INDUSTRIAS FORB S A  
TRAVERSA 316 BARCELONA

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista :-: Dirigirse á esta Admón., Hermosilla, 57.



**HESPERIA**

Revista teosófica  
:: y poligráfica ::

Buen Suceso, 18 dupl.º, 5.º izq.ª — MADRID

Esta importantísima Revista, única en su género en los países de habla castellana, y que dirige el insigne Dr. Roso de Luna, ha entrado ya en el quinto año de su publicación.

Precio de subscripción en España:  
10 ptas. al año y 12 en el Extranjero.

Hay colecciones completas del año 1.º, al precio de 10 ptas. Descuento del 25 por 100 á libreros y corresponsales.



**DIAZ** FOTOGRAFIA  
:: DE ARTE ::

FERNANDO VI, 5. — MADRID

## LIBROS RECIBIDOS

LUZ DEL CAMINO, poesías místicas, por Claudio Gutiérrez Marín. Madrid, 1924.—Ya en obras anteriores mostró Gutiérrez Marín, uno de nuestros más jóvenes, más sinceros y mejor preparados poetas, las admirables condiciones de su temperamento literario. Posee una gran sensibilidad, base de todo poeta, y sus versos, por esta cualidad, tienen la imponderable belleza de lo sincero. *Luz del camino* confirma los méritos de las obras anteriores. Por sus estrofas cruza un viento místico, que perfuma de serenidad, de dulzura y de amor los versos del libro. Nuestras poesías tienen en Gutiérrez Marín una de sus más bellas y más positivas promesas. Así lo reconocen el público y la crítica, que tienen siempre para las obras del joven poeta una entusiástica acogida.

¡CANALLA!, novela, por Julio Romano. Editorial Pueyo. Madrid, 1924.

EL GRECO. *Homenaje de recordación y título de loa*. Editado por Richard Gans. Madrid, 1924.—Magnífico, bello, españolísimo alarde editorial y artístico el de este libro, editado en los talleres tipográficos de D. Ricardo Gans. Pueden verse en él dos aspectos: el literario y artístico y el editorial. Ambos son meritorios, admirables y sobre todo muy españoles. Contiene el volumen un precioso estudio biográfico del Greco hecho por el prestigioso literato M. R. Blanco-Beimonte; diversos sonetos de homenaje al pintor; opiniones sobre algunos de sus lienzos, y fragmentos de *Lama del armiño*, drama de Fernández Ardavin. Además contiene varias reproducciones hechas en diversos procedimientos de obras del Greco. La dirección artística y el dibujo de ornamentos, cabeceras, iniciales, etc. han estado á cargo de Salvador Bartolozzi. Tanto por su parte literaria como por su parte artística, el libro es un bello y justo homenaje al ilustre artista.

Tiene además el volumen otro alto y laudable mérito. Según el mismo editor afirma en el prólogo, «todo en él (en el libro) es netamente español: sus antecedentes artísticos, el estudio en que se ha ideado, los punzonistas y fundidores que han dado forma plástica á la idea, el taller en que el acero y el plomo se han ennoblecido al ser grabados y acrisolados... El libro constituye, por esta belleza, por la exclusiva intervención de elementos españoles, un legítimo orgullo para nuestra industria. Está impreso en el nuevo tipo «Greco», letra bella, clara y armónica, en que se funden la gracia de los tipos de ayer con la modernidad de los tipos de hoy. Desde todos los puntos de vista, el nuevo libro es un laudable esfuerzo editorial y artístico, orgullo legítimo de nuestra industria y de la fundición tipográfica de D. Ricardo Gans, á quien felicitamos por la meritoria y españolísima labor

que supone este volumen dedicado al pintor de *La dama de armiño*.

CLAVE MATRIMONIAL.—Fisiopsicología de un asunto escabroso. Interesante libro de Luis Ruiz Contreras.—3.ª edición.

EL PERIPATÉTICO. Por Fernando de Castalla. Madrid, 1924.—El autor de este libro reproduce en las palabras que van al frente de él la frase de Zimmermann: «El hombre puede encontrarse solo, en una numerosa reunión.» De ahí nace la necesidad de comunicarse con alguien, sentida por todos. A ese «alguien», á ese lector desconocido y que comulga con nuestros propios pensamientos y nuestros propios sentimientos, va dirigido este libro, que contiene una gran serie de artículos de temas diversos, llenos todos de una rica visión personal. En los artículos triunfa, ante todo, esa afirmación de la personalidad, del ritmo interior, de la visión y el juicio propios ante los diferentes asuntos comentados. El lector entablará, al ir leyendo las páginas de este libro, muy interesantes y sabrosos diálogos mentales con el autor.

El fauno herido. Novela, por Mariano López Muñoz. Sevilla, 1925.—Una historia muy bella y muy humana, llena de amor y de dolor, envuelta en el ropaje de una prosa limpia, tersa y ágil, se encierra en este libro, que revela en su autor un vibrante temperamento de novelista.

Anatole France en zapatillas. Por Jean Jacques Brousson. Traducción de Margarita Nelken. Biblioteca Nueva. Madrid, 1925.—Admirable servicio rinde á las letras españolas Margarita Nelken con la traducción de esta deliciosa obra, en que M. Brousson, secretario del gran escritor francés, narra, ágil y desenfadadamente, intimidades y rasgos de Anatole France. El nuevo libro está obteniendo un gran éxito de librería, justificado por el extraordinario interés de todas sus páginas.

El crimen de los padres. Novela, por José Mérida. Editorial Renacimiento. Madrid, 1925.—He aquí una novela que une á su interés de acción un profundo caudal de enseñanzas y lecciones. Un interesantísimo problema de la vida moderna se aborda en todos sus aspectos, sin que, á pesar de lo escabroso del tema, pierda en belleza y en interés la forma literaria.

Tribunales económicoadministrativos y Reglamento de procedimiento. Centro Editorial Góngora. Madrid, 1925.

Almanaque judicial para 1925. Editorial Góngora. Madrid, 1925.

(En esta sección daremos cuenta de todos los libros de que se nos remitan dos ejemplares)





HELIOS

*My Dear*  
*Exquisitos cigarrillos*

ANUNCIOS PUBLICITARIOS

IMPRESA DE PRENSA GRÁFICA, HERMOSILLA, 57, MADRID

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTOS, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS